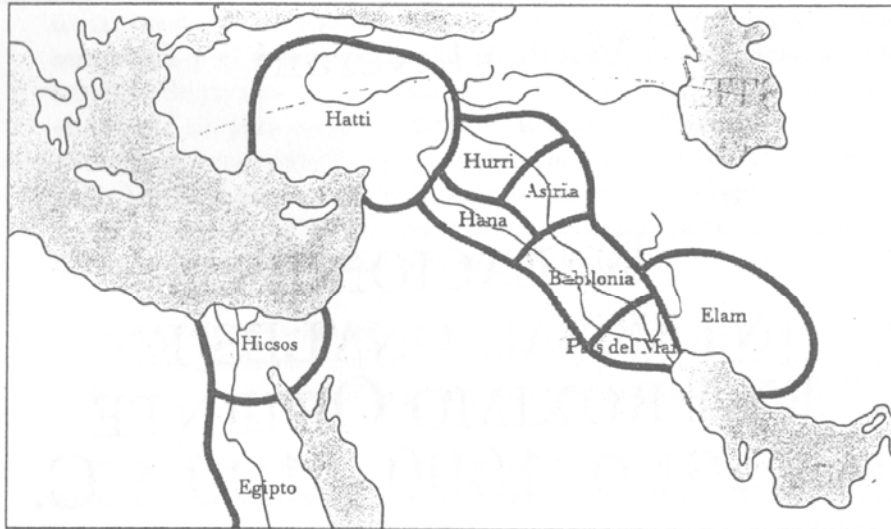
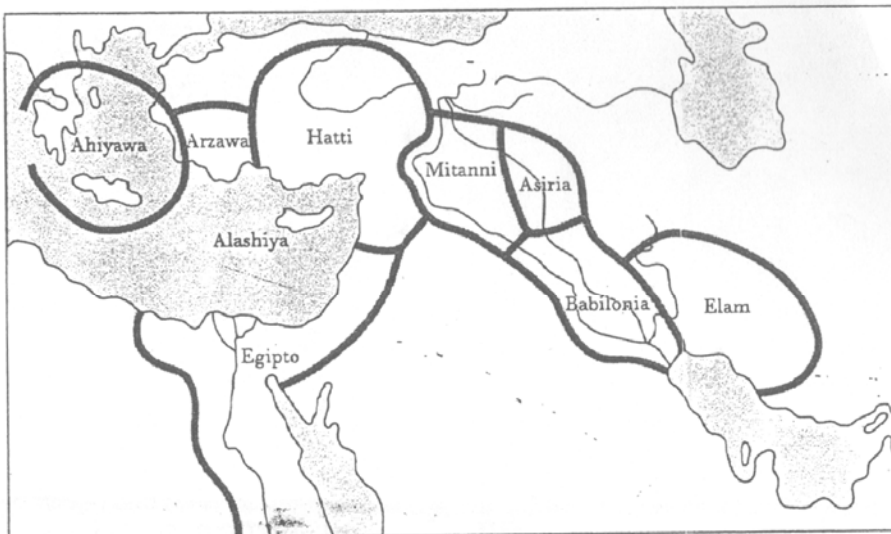


Mario Liverani

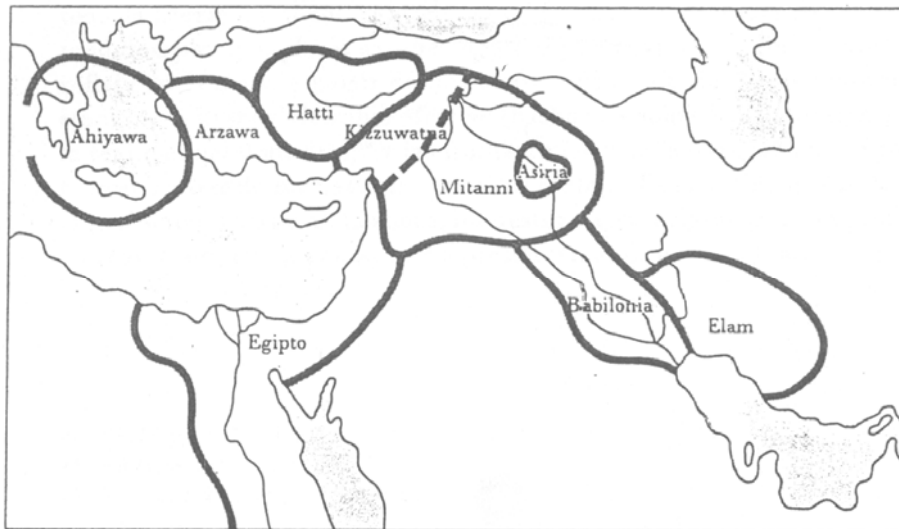
**RELACIONES
INTERNACIONALES EN
EL PRÓXIMO ORIENTE
ANTIGUO, 1600-1100 A.C.**



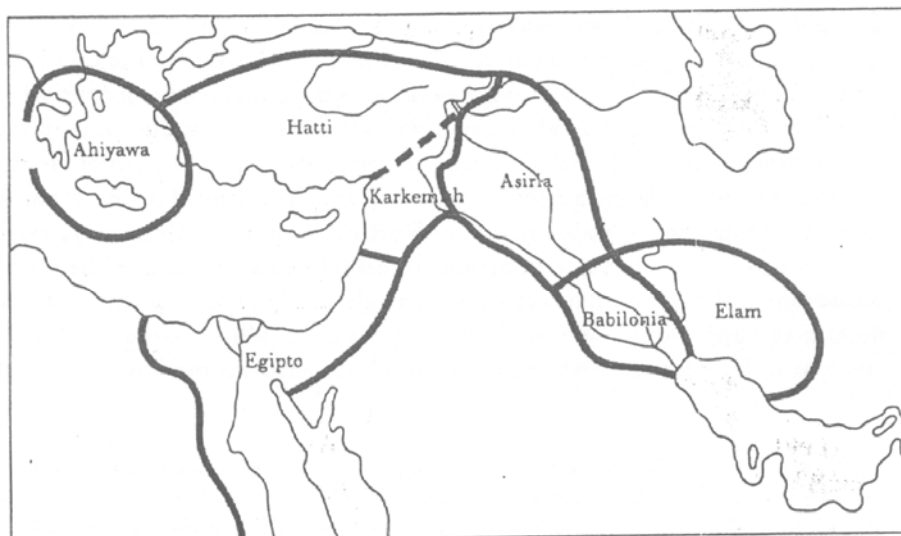
c. 1600 a.C.



c. 1350 a.C.



c. 1450 a.C.



c. 1220 a.C.

INTRODUCCIÓN

LA «PRIMERA» DIPLOMACIA

La historia de las relaciones internacionales, tal como la concibe la mayoría de estudiosos que trabajan en este campo, se limita al mundo moderno y contemporáneo. La fecha exacta de sus inicios es discutible, pero es evidente que la investigación histórica que se ocupa de los últimos siglos pre-contemporáneos no se considera un sano ejercicio funcional, sino más bien un empeño de curiosidad propia de anticuarios. Pero lo cierto es que los temas centrales de la disciplina, esto es, las normas y los procedimientos formales que vertebran las relaciones mutuas entre los estados, son aplicables a cualquier sociedad —en el espacio y el tiempo— posterior a la aparición de los «estados», a los que cabe definir como aquellas comunidades organizadas política y administrativa que conocieron su primer desarrollo formativo documentando en el Próximo Oriente (Egipto y Mesopotamia) hacia finales del cuarto milenio a.C. De hecho, algunos manuales y libros sobre la historia general de las relaciones internacionales incluyen en sus capítulos iniciales datos sobre el Próximo Oriente antiguo.¹

Aunque siempre es interesante comparar las «relaciones internacionales» formalizadas durante la constitución de los primeros estados con las relaciones que prevalecen en nuestro mundo moderno,² una valoración histórica correcta de los sistemas «arcaicos» sólo es viable si no se disocian de sus respectivos contextos tecnológicos, sociales y culturales. Lo que importa no es sopesar sus semejanzas respecto a los sistemas modernos, sino la funcionalidad de sus procedimientos en relación con las necesidades de la época. Y lo mismo cabe decir de sus respectivas diplomacias, o de las relaciones internacionales en general, siempre que las relaciones interestatales hayan alcanzado el nivel de unas normas y procedimientos formalizados y compartidos.

En el transcurso del último siglo, los descubrimientos arqueológicos en Egipto y en el Próximo Oriente han permitido a los historiadores indagar en una serie nueva y más antigua de archivos que revelan periodos de intensa interacción interestatal. El «periodo del Bronce final» (aprox. 1600-1200 a.C.) empezó a ocupar un lugar preponderante a raíz del descubrimiento del Archivo de el Amarna (1887)³, que más tarde completarían los archivos hititas de Boghazköy (1906-1907)⁴ y los archivos de la ciudad siria de Ugarit (1951-1957).⁵ Mientras tanto, los archivos de Mari (1933-1939) sacaban a la luz un «periodo internacional» aún más antiguo, y la llamada desde entonces «edad de Mari» se generalizaría para referirse a los siglos XVIII-XVII a.C.⁶ Mas recientemente, el descubrimiento de los archivos de Ebla (1975) ha permitido asociar el principio de la historia de las relaciones interestatales con la «edad de Ebla», situándolo en el siglo XXIV a.C.⁷

Por lo tanto, definiciones tales como «la primera diplomacia» o «los inicios de las relaciones internacionales»⁸ aplicadas al Bronce final, revelan una perspectiva ingenua y, desde el punto de vista de los hechos, son falsas. Pero sí es cierto que ese periodo constituye una oportunidad única para los estudios sobre el tema. A diferencia de los casos de Mari y de Ebla, las relaciones interestatales del Bronce final aparecen documentadas en los textos originales de diversos lugares (Egipto, la Anatolia hitita, el norte de Siria, Asiria y Babilonia) y pertenecen a distintos géneros (cartas, tratados, textos literarios administrativos). Nuestro estudio de caso es, por lo tanto, el primero en cuanto a su complejidad, no a su fecha (que no es la más antigua registrada). Aquí intentaremos demostrar que las relaciones interestatales estaban de hecho muy formalizadas, de acuerdo con unas reglas jurídicas y unas normas de conducta aceptadas por unos estados que pertenecían a tradiciones culturales distintas. En este sentido, contamos en el Bronce final con un «Sistema Diplomático en toda regla»⁸ tal vez no según los requisitos académicos modernos pero sí según la valoración de las gentes y de las comunidades de aquella época.

EL SISTEMA REGIONAL DEL BRONCE FINAL

El periodo del Bronce final (aprox. 1550-1200 a.C.) en general, y la «era de el-Amarna» en particular, constituyen un caso privilegiado para el estudio de las relaciones internacionales del Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental, dada la amplísima y uniforme distribución de la documentación relevante en toda la región, desde Egipto, Siria-Palestina, Anatolia y la Alta Mesopotamia hasta Babilonia y Elam, que incluye —en mucha mayor medida que en otros periodos— textos especialmente destinados a formalizar las relaciones internacionales. La cantidad y la calidad de los textos relevantes también serían más que suficientes para reflejar las negociaciones típicas y las tendencias concretas del mundo político de la época.

Lo que caracteriza las relaciones internacionales de aquella época no es tanto su intensidad, ni tampoco la distancia, ya que ambas también habrían sido considerables en épocas anteriores, desde el comercio de larga distancia de la era protohistórica hasta las redes que evidencian los archivos de Ebla y de Mari. Se trata sobre todo de la manifiesta vertebración de aquellas relaciones dentro de un sistema que abarcaba la totalidad de la región, basado en la coexistencia de diferentes unidades políticas de importancia regional, y en la posibilidad de establecer una jerarquía fija en el seno de las unidades regionales pero con una paridad convencional de rango entre ellas, con el fin de preservar el equilibrio de poder existente. No es mera casualidad que una lengua «diplomática», el acadio, se utilizara en toda la región; o que la costumbre de registrar a través de textos bilingües los documentos interestatales política y jurídicamente más relevantes fuera algo corriente; y que se generalizase (incluso más allá de la existencia de los textos bilingües) la terminología técnica y la fraseología política, llenas de calcos y de préstamos semánticos para reproducir una visión sumamente común, aunque algo convencional, de las relaciones políticas. Y tampoco es casual, desde el punto de vista arqueológico, que el Bronce final marque también el periodo de mayor circulación de técnicas especializadas, motivos iconográficos materiales preciosos y objetos trabajados, todos ellos con sabor de cultura «internacional» por encima y más allá de la fuerte persistencia de los «rasgos originales» locales.

Desde una amplia perspectiva cronológica, el equilibrio alcanzado entre las potencias regionales (Egipto, Hatti, Mitanni, Asiria, Babilonia, Elam) es el resultado de los largos y todavía opacos procesos que propiciaron su formación mediante la unificación de las unidades políticas de rango «cantonal» (ciudadano) precedentes. Durante el periodo de «equilibrio de poder»; objeto del presente estudio, las unidades políticas regionales estaban distribuidas de modo relativamente uniforme por toda la región del Próximo Oriente (con pocos espacios vacíos o «débiles» entre ellas) y ninguna de ellas había alcanzado todavía aquel nivel militar, tecnológico y organizativo imprescindible para dar el paso decisivo: el de paso la unificación «imperial» del Próximo Oriente. Ese estadio sería posible solo tras el colapso del «sistema regional» al final de la Edad del Bronce,¹⁰ y tras la vuelta de una parte de la región (lo cual no deja de ser muy significativo) a su estado original, es decir, a su condición de organización política de dimensión «cantonal», brindando así a los estados regionales existentes la oportunidad de su expansión ulterior mediante la anexión de su «débil» periferia.

Por consiguiente, desde el punto de vista estructural; el periodo de «equilibrio de poder» es una fase relativamente estática entre dos fases dinámicas que avanzan gradualmente hacia la creación de los sistemas políticos. Evidentemente, en el periodo considerado también tienen lugar transformaciones políticas concretas (véanse los mapas al inicio del libro para una rápida visualización), pero que no alteran la configuración estructural de la región. Es durante esta fase estática cuando las convenciones políticas de la época ya en formación durante el Bronce medio, se formalizan de una forma más orgánica y elaborada, una forma que trataremos de recuperar a través de nuestro análisis.

EL ESTADO DE LOS ESTUDIOS

Al margen de las posibles interpretaciones en el tiempo de las relaciones políticas durante el Bronce final, es evidente que la atención de los estudiosos se ha centrado a menudo en ellas, sobre todo a partir del descubrimiento de los archivos de el-Amarna, Boghazkoy y Ugarit. Aparte

de los muchos estudios analíticos de los textos y de los problemas concretos, en los últimos 100 años se han publicado diversos estudios de conjunto con temas y enfoques diversos. Muchos han sido de gran ayuda a la hora de estudiar los datos y de identificar los problemas de nuestro análisis. Pero también debo decir que las grandes tendencias de los estudios históricos difieren sustancialmente de las que caracterizan mi proyecto.

Los estudios arqueológicos son de escasa utilidad para el presente estudio, ya que éste se sitúa en el nivel «ideológico» de la interpretación. El comercio es el ámbito idóneo para destacar la preminencia de los contactos interregionales, pero aunque el comercio protohistórico se ha analizado desde metodologías específicas, el comercio del periodo del Bronce final aun se estudia en términos puramente factuales de escasa o nula relevancia para el estudio e: la ideología¹¹. La cronología es un tópico privilegiado debido a los muchos sincronismos que vinculan las cronologías internas de las distintas regiones a una red unitaria, y ha alentado muchas monografías.¹² El grado de consenso logrado en este ámbito (con desviaciones de una docena de años) es suficiente para un estudio como el nuestro, más interesado en la estructura que en los acontecimientos. Los esquemas generales que se muestran en las cronologías, al final del libro sólo pretenden ofrecer al lector (no especializado) la ubicación temporal de los distintos textos y personajes que se citan.

Muchos estudios jurídicos, especialmente aquellos dedicados a los aspectos formales y legales de las relaciones internacionales,¹³ tienen mucha mayor relevancia directa para la presente monografía. Sin embargo, los juristas suelen aplicar un enfoque normativo basado en una metodología compacta y bien establecida, mientras que un enfoque histórico más general y matizado requiere un tratamiento más flexible capaz de servirse de distintas metodologías. Más adelante se abordan algunos casos extremos de desacuerdo metodológico.

Desde el punto de vista estrictamente histórico, han aparecido algunas monografías importantes, sobre todo de ámbito regional,¹⁴ aunque también abordan el problema de las conexiones entre las regiones, siendo la más estudiada la relación entre Egipto y Asia¹⁵. En cambio, resulta mucho más difícil hallar un análisis histórico global de toda la región. En este sentido, el ejemplo más ilustrativo sería la gran obra de referencia sobre la historia del Próximo Oriente antiguo, la edición revisada de la Cambridge Ancient

History. Parece que una reconstrucción histórica pormenorizada es incompatible con un tratamiento de los problemas generales y de los elementos de unión, e incluso con un tratamiento coherente de las distintas áreas individuales (sobre todo de Siria-Palestina),¹⁶ fragmentadas en múltiples contribuciones más condicionadas por la competencia filológica de los autores que por la realidad histórica.

Hoy no hay por qué buscar nuevas perspectivas ni nuevos métodos de análisis, puesto que la semiología y la teoría de la comunicación, la antropología económica y política, y muchas otras disciplinas forman parte de nuestro saber común. En estos campos se han verificado y mejorado muchas técnicas concretas de análisis, que pueden ayudar —si somos capaces de realizar las adaptaciones necesarias— a comprender mejor el Próximo Oriente antiguo. Basta con conocer y aprovechar las tendencias culturales propias de nuestro tiempo, lo que significa ante todo asociar a la perspectiva histórica una perspectiva antropológica. Porque la historia y la antropología son enfoques distintos, e incluso opuestos, pero sólo en el corto plazo. En la perspectiva a largo plazo, es evidente que son muy similares. A la hora de subrayar la diferencia entre nosotros y nuestro objeto de estudio, y ambas insisten en que el observador no debe influir en el fenómeno observado sino que ha de mantener su propia cultura, su propio sistema de valores, su propia ideología, distintos y separados de los de la sociedad estudiada, porque de no hacerlo así corre el riesgo de malinterpretarlos como ejemplos distorsionados, inferiores o anómalos de nuestra cultura, de nuestro sistema de valores y de nuestra ideología.

RECIPROCIDAD Y REDISTRIBUCIÓN

Para el análisis de las relaciones interestatales en el Próximo Oriente antiguo en un primer nivel de aproximación, se han seleccionado dos «modelos de integración» de Karl Polanyi: la reciprocidad y la redistribución." Según su definición más sencilla, «la reciprocidad denota movimientos entre elementos homólogos de complejos simétricos: la redistribución designa movimientos de apropiación en dirección a un centro y luego fuera de él... Por lo tanto, la reciprocidad presupone como escenario

unos complejos situados en simetría, mientras que la redistribución depende de la presencia de cierto grado de centralidad en el sistema». ¹⁸ Se pueden utilizar estas herramientas analíticas sin tener que aceptar necesariamente muchos de los supuestos e implicaciones de las tesis de Polanyi (como veremos en la siguiente sección), porque significan modelos muy generales y elementales, y precisamente por ello idóneos para analizar (no para describir) cualquier situación; son tan generales; que dificultan su jerarquización en relación con «nuestro» modelo. ¹⁹ Además, se trata de tipos estructurales (o «ideales») y no de fases evolutivas, lo que tampoco invita a establecer una secuencia que culmine «naturalmente» en nuestro propio sistema. Aquí utilizaremos ambos modelos, el de la reciprocidad y el de la redistribución, para abordar las mismas realidades históricas; huelga decir que no intentaremos forzar nuestros datos para que encajen con uno u otro modelo.

Es evidente que en el nivel de las relaciones familiares o de pequeños grupos, la reciprocidad y la redistribución están presentes en todos los periodos históricos (y prehistóricos), desde el origen mismo de la organización social. La casa es una pequeña organización redistributiva, y sus relaciones cara-a-cara se rigen por la reciprocidad. Pero ambos modelos de integración se aplicaron sólo más tarde a lo político propiamente dicho, y más concretamente a las relaciones interestatales, según las circunstancias de la época. Pero las conexiones entre la representación de las relaciones interestatales y la de las relaciones familiares eran tan estrechas en el Próximo Oriente antiguo (dominado por la cultura campesina) que la terminología y el comportamiento simbólico siempre reflejan huellas de sus orígenes.

La aplicación del modelo redistributivo a las relaciones interestatales se remonta al inicio mismo de nuestras fuentes (escritas), y seguramente al propio origen de los estados existentes desde el periodo de Uruk, aprox. 3500-3000 a.C. Está estrechamente vinculado al origen de la organización estatal concebida como una casa ampliada, o una «gran casa», ²⁰ para utilizar la antigua terminología, ²¹ y es especialmente aplicable a la etapa de formación de los estados básicamente aislados que consideran el mundo exterior sólo como una función de sí mismos.

En cuanto a la aparición del modelo de reciprocidad (aunque, al menos en principio, tan «simple» y «primitivo» como el otro), parece ser más tardío, cuando las interacciones entre los distintos estados se hicieron tan intensas

que exigían un planteamiento diferente, más flexible que el asociado a la casa «monocéntrica». Y más tarde el modelo de la reciprocidad es reutilizado (como una metáfora) y aplicado a las relaciones entre estados los cuales mantienen en su interior una organización redistributiva.

Es evidente, pues, que ambos modelos tienen distintas tradiciones y reclaman distintas valoraciones: la redistribución sería históricamente más «arcaica» y la reciprocidad más «evolucionada». En cualquier caso, ambas estaban en uso desde hacía mucho tiempo, mucho antes del Bronce final, aunque el modelo de reciprocidad es más importante en este periodo que en las épocas anteriores o posteriores, cuando el desequilibrio de las relaciones de fuerza y la centralidad de algunos estados dejan poco espacio a una visión multicéntrica y «simétrica» de las relaciones políticas.

EL CARÁCTER INTERPRETATIVO DE LOS MODELOS DE INTEGRACIÓN

Los modelos de integración basados en la redistribución y en la reciprocidad se formularon inicialmente a propósito de la circulación de bienes, ámbito donde su aplicación ha sido mayor. Pero debido a sus vastas implicaciones son idóneos para comprender todas las relaciones sociales y políticas, aún cuando no se documenten desplazamientos de bienes. En cada una de las tres partes en que se divide el presente libro («Territorio y fronteras», «Guerra y alianza», «Circulación de bienes»), el uso distinto y alternativo de ambos modelos ha demostrado ser de gran valor heurístico. La condición centralizada vs. simétrica de la circulación de bienes coincide a grandes rasgos con una visión centralista vs. simétrica de la interacción política en general. Significa que aquí ambos modelos de integración no se entienden como modelos descriptivos de unas redes de intercambio realmente distintas, sino como dos interpretaciones, como dos modelos mentales de una realidad que como tal no pertenece a ningún modelo.

El fallo principal del enfoque polanyiano «ortodoxo» es su omisión del carácter ideológico de los modelos de integración. En el enfoque polanyiano, estos modelos existen en realidad,²² y los intercambios se

realizarían según uno u otro modelo, de modo que sería imposible describir según uno de los modelos un sistema de intercambio organizado según el otro modelo. Dado que la «realidad» de los modelos de Polanyi ha provocado muchos desacuerdos y malentendidos, creo necesario plantear algunas observaciones preliminares. Concretamente merecen destacarse los puntos siguientes:

1. El modelo de reciprocidad comporta, en su forma óptima, la existencia de dos o más socios o interlocutores de igual rango. Ahora bien, la paridad de rango no existe «en la realidad». No existe objetivamente porque dos personas siempre diferirán en cuanto a su posición en la sociedad, su edad, su prestigio, su riqueza, su familia y sus relaciones comerciales, etc. Y tampoco existe subjetivamente, ya que ambos interlocutores ven de modo distinto sus respectivos rangos. Además, en el acto individual del intercambio, cualquier circunstancia fortuita puede distorsionar la igualdad de rango: quién inicia la negociación, a quién le urge más concluir el trato, el resultado de negociaciones anteriores, etc.²³

2. El modelo de reciprocidad también presupone una equivalencia entre los bienes intercambiados, algo que tampoco se da «en la realidad». Los dos interlocutores tienen distintas jerarquías de valores, de modo que la valoración de uno nunca coincide con la valoración del otro. No existe una tercera equivalencia «objetiva», puesto que la equivalencia convencional es el resultado de factores económicos, políticos y otros, y cambia con el tiempo.

Por consiguiente, hay que entender realmente el modelo de reciprocidad como un modelo con dos interlocutores que, con el fin de preservar su relación y las mutuas ventajas que comporta, aceptan la convención de al menos esforzarse por considerar al otro como un igual y los bienes intercambiados como equivalentes, al menos a largo plazo. De este modo el modelo pasa de ser una descripción de los intercambios reales a convertirse en una ideología de los actores implicados en ellos. Bajo la ideología de la reciprocidad, pueden existir relaciones muy desiguales, llegando incluso al caso extremo de una «explotación colonial».²⁴

3. El modelo redistributivo destaca no sólo la disparidad de rango entre la agencia central y los interlocutores periféricos sino también el desequilibrio entre las contribuciones centrípedas y las contribuciones centrífugas, estas últimas a veces totalmente ausentes.²⁶ Por lo tanto la situación «real» puede abarcar desde las contribuciones unidireccionales (forzadas mediante coacción ideológica o física, y con contra dones puramente ideológicos) hasta una sistematización centralizada de las relaciones recíprocas (equilibradas o desequilibradas).²⁶ Ahora bien, el modelo centralizado sobreimpuesto a una compleja red de relaciones de reciprocidad es el punto de vista del interlocutor central, y el modelo se construye simplemente ignorando todas aquellas relaciones en las que el centro no participa, o que no respetan su centralidad. Pero cualquier interlocutor «periférico» podía crear a su vez su propia red centralizada. Así, en ambos extremos del posible abanico la ideología desempeña un rol esencial, y el mismo intercambio individual puede interpretarse como un elemento constitutivo tanto de una simple relación simétrica como también de una red centralizada más compleja.

Pero volviendo al tema central, debe quedar claro que los dos modelos —reciprocidad v redistribución— lejos de ser modelos descriptivos, son interpretaciones de una única realidad. En otras palabras, la adopción de uno u otro modelo (primero por parte de los participantes y luego por parte de los observadores externos) se debe a una decisión ideológica, la decisión de seleccionar sólo determinados elementos considerados significativos y descartar otros considerados irrelevantes o inconvenientes.

Veremos, pues, que el mismo episodio puede enmarcarse en ambos modelos al mismo tiempo. Los dos socios o interlocutores pueden ver su relación de manera diferente, simétrica según uno y centralista según el otro; o bien la misma persona puede describir el mismo intercambio como recíproco (al dirigirse a su interlocutor) o como redistributivo (cuando se dirige a su público interno); también puede ocurrir que la valoración de una relación de intercambio sea más completa, con elementos de ambos modelos. Algunos habitantes de la aldea brasileña estudiada por Lévi-Strauss²⁷ la describían como una estructura centralizada, y otros como una estructura simétrica, y su plano «real» justificaba ambas descripciones pero

sin pertenecer a ninguna de las dos. Análogamente el mundo político internacional del Próximo Oriente durante el Bronce final se presenta en algunos textos como un mundo centralizado y en otros como una red de relaciones simétricas. Pero el «mundo real» es mucho más complicado y es imposible describirlo adecuadamente debido a la falta de datos cuantitativos, pero es evidente que contenía elementos de ambos modelos. Una selección inteligente de los elementos permitía a los protagonistas describir la realidad de la forma más coincidente con su trasfondo cultural y con sus objetivos políticos.

PRESTIGIO E INTERÉS

La selección de un modelo interpretativo por parte de los propios actores políticos no es arbitraria. Para ser plausible y eficaz, tiene que coincidir al máximo con la situación real, y tiene que estar profundamente imbuida de la cosmovisión tradicional de su país y de su cultura. En efecto, un país como Egipto, dados su concisión y su aislamiento geográficos en medio de un «vacío» a su alrededor, su cosmovisión centralista consolidada y su real superioridad material respecto a sus interlocutores, utiliza con frecuencia el modelo redistributivo. En cambio los reinos asiáticos, que disponen de unas fronteras más abiertas y fluctuantes, de un equilibrio de poder a veces menos estable pero básicamente equilibrado en el tiempo, y con intercambios de carácter pluridireccional, adoptan necesariamente una visión simétrica de las relaciones políticas. Claro que puede objetarse que la sugerencia de un análisis comparado de ambos modelos de integración no es sino una invitación a estudiar las cosmovisiones egipcia vs. asiática.

También hay que tener en cuenta el desarrollo diacrónico de las relaciones políticas. Quizás Ramsés II aliente más la interpretación en términos del modelo de reciprocidad que Tutmosis III, dado que el equilibrio militar del primero respecto a los hititas era relativamente igualado, mientras que el equilibrio militar del segundo respecto de Mitanni le era claramente favorable. ¿Acaso la evolución hacia el imperio de Hatti y de Asiria explica los elementos centralistas de sus respectivas visiones del mundo? Y, después de todo, ¿las dinámicas políticas propiamente dichas no

explicarían la mayoría de las declaraciones de los textos, sin necesidad de recurrir a la ideología y a la semiología?

El factor geopolítico es innegable, perfectamente conocido y a menudo tomado en consideración (¡por lo general como el único factor!); también el factor diacrónico se entiende fácilmente. Pero las diferencias más interesantes, el carácter verdaderamente convencional del uso de los modelos de interpretación, surgen cuando se comparan textos de distinta tipología pero pertenecientes al mismo país y al mismo periodo. Al igual que en un experimento de laboratorio, hay que controlar algunos factores (en nuestro caso, las diferencias en el espacio y en el tiempo) para comprobar la importancia del factor objeto de estudio. El resultado de ese «experimento» indica que la diferencia fundamental se halla entre dos series de documentos, con las respectivas diferencias de destinatario, objetivos y carácter.

En un lado tenemos los documentos dirigidos al público interno, que abarcan desde las inscripciones en los monumentos reales hasta las que aparecen en tumbas privadas pero que tienen en común una finalidad conmemorativa, la importancia que se concede al prestigio, una visión centralizada y un desinterés por el punto de vista de los interlocutores externos. Estos textos constituyen una prueba documental o una clara evidencia de la posición política y/o social del autor, a todos los niveles, ya se trate del control ideológico y administrativo del reino por parte del faraón, o bien del rango social de un funcionario muerto.

En el otro lado tenemos los documentos dirigidos a los interlocutores externos, que constituyen la esencia operativa de las relaciones interestatales. Estos textos van desde los tratados internacionales hasta las cartas intercambiadas entre unos personajes privados, pero todos ellos tienen en común una finalidad de integración, la importancia concedida al interés, una cosmovisión simétrica y un interés por el punto de vista del interlocutor, especialmente cuando la finalidad es modificarlo o superarlo.

Ambas situaciones están lógicamente interconectadas. Un sólido prestigio frente al público interno es necesario para poder negociar desde una posición de fuerza, y el éxito en las negociaciones incrementa el prestigio interno. Pero se trata de dos momentos que son básicamente distintos y, por lo tanto, requieren una percepción y una representación de la realidad también distinta. Nuestra descodificación de los textos de ambas series (y

también de subseries más especializadas con sus propias características) exige una atención constante a los elementos fundamentales de la teoría de la comunicación: quién es el autor del mensaje, quién es el destinatario (incluidos otros destinatarios secundarios), cuál es el medio de comunicación, cuál es la finalidad del mensaje, qué código se ha utilizado y por qué, qué sabemos sobre contactos anteriores entre esos mismos interlocutores, etc. Si analizamos estos factores, podremos identificar los elementos que corresponden a la ideología y los que corresponden a la realidad, es decir, distinguir aquello que es convención estereotipada de aquello que es información específica.²⁸ Seguramente habrá que desechar alguna información histórica (considerada como tal con demasiada ligereza debido a un análisis incorrecto), pero podremos conocer en profundidad el grueso de la información, con todos los matices y connotaciones pertinentes. Pero sobre todo podremos reconstruir la dinámica de los sistemas de interacción, si bien dentro de ciertos límites, debido a la escasa e irregular muestra de datos a nuestra disposición.

El objetivo de reconstruir un sistema de valores en lugar de un conjunto de hechos históricos concretos, es decir, de centrarnos más en la estructura que en los acontecimientos, no significa falta de interés por la historia, la historia política. Porque de algún modo tenemos que conocer el código para comprender cada mensaje; es decir, tenemos que reconstruir una «gramática» para poder leer un texto. Significa que primero tenemos que abordar la ideología política global si queremos realmente comprender los acontecimientos políticos. Pero del mismo modo que un código desconocido se descifra descodificando los mensajes, y que una gramática se reconstruye a partir del análisis de los textos, también nuestro análisis estructural empieza con documentos concretos; y aunque aquí el objetivo no es reescribir la historia política del Próximo Oriente durante el Bronce final, un lector atento encontrará muchas pistas en esa dirección, pese a que la organización estructural de los temas dificulta el uso de este libro como un manual de historia política.

LÍMITES GEOGRÁFICOS Y CRONOLÓGICOS

Una vez seleccionado el periodo del Bronce final como periodo particularmente apto para el análisis (véase más arriba la sección del sistema regional del Bronce final), los límites temporales y espaciales han fluctuado con relativa libertad, impuestos básicamente por la propia documentación. Respecto al espacio, el grueso de los datos procede de (o se refiere a) Egipto, Siria-Palestina, Anatolia Central/Oriental y Alta Mesopotamia). Un país importante en aquel sistema, Babilonia, está aquí sub-representado sencillamente porque los datos procedentes de esa zona resultan, en mi opinión, de escasa utilidad. Habría sido mejor ampliar el marco espacial para incluir el mundo micénico por un lado y Elam por otro, pero los documentos procedentes de esas áreas son si cabe aún menos adecuados para el tipo de análisis que pretendemos realizar. En cuanto a la «periferia» —el Mediterráneo, África oriental, Arabia e Irán— aún era «prehistórica» en aquella época, va que allí no hay evidencia escrita. Los límites espaciales coinciden, pues, con los límites de la evidencia escrita con cierto valor ideológico, pero es preciso subrayar que este tipo de delimitación no es en absoluto artificial. Cuesta imaginar que la base documental esté tan distorsionada como para obviar completamente una región que efectivamente mantenía contactos con el centro del sistema al mismo nivel y a través de los mismos procedimientos. La distribución de las inscripciones reales, de las cartas y de los tratados coincide con la distribución de los centros políticos que interactúan entre sí. Y la presencia misma de la escritura se limita a, y es distintiva de, aquellos países que habían alcanzado el nivel tecnológico y organizativo suficiente como para ser aceptados como interlocutores en el sistema regional.

El mismo tipo de consideraciones prácticas (pero históricamente motivadas) son aplicables a los límites temporales. El comienzo y el fin del Bronce final vienen marcados por dos «edades oscuras» durante las cuales la cantidad de documentos disponibles disminuye considerablemente, y en algunas áreas desaparece por completo,²⁹ sobre todo al final del periodo, puesto que los desórdenes de principios del siglo XII se traducen en una total ausencia de documentos escritos en Anatolia, Siria y Palestina. Los estados mejor protegidos, como Egipto, Asiria y Babilonia, mantienen sus niveles organizativos y documentales, pero su implicación en los contactos internacionales también disminuye. Por todo ello, el límite más antiguo (aprox. 1180 a.C.) está muy claro, si bien cuando se ha considerado

oportuno hemos utilizado algunos documentos de décadas posteriores de Egipto (Un-Amón) y Asiria (Tiglatpileser I) para mostrar la mezcla de conservación y de innovación presente en los procedimientos políticos y en las ideologías de los centros más conservadores.

El problema de los límites finales es más complejo: si la transición arqueológica del Bronce medio al Bronce finales más convencional que sustancial, el sistema interregional activo desde el siglo XV hasta el siglo XIII ya estaba también muy avanzado en los siglos XVIII y XVII. En este caso, contamos con algunos episodios importantes: en Egipto, el inicio de la XVIII Dinastía (hacia el 1580 a.C.) significa también el principio de la expansión egipcia en Asia. En la Alta y Baja Mesopotamia la creación del reino de Mitanni y del reino cassita (hacia el 1600 a.C.) constituye un claro punto de partida. En este caso también se han utilizado datos correspondientes al periodo de formación cuando se han considerado de especial interés. Pero el periodo objeto de análisis propiamente dicho dura cuatro siglos, desde principios del siglo XVI hasta principios del siglo XII a.C.

Una tercera delimitación de nuestra base documental es de carácter político. Todos los documentos pertenecen a las elites políticas, la mayoría a los palacios reales, lo cual significa que la ideología política que reflejan es la ideología de la clase dirigente. En este sentido es oportuno analizar dos cuestiones, aunque dada la enorme discrepancia entre unos datos limitados y el gran espacio que queda para la especulación y las hipótesis, me limitaré a algunas pocas afirmaciones incontestables.

La primera cuestión tiene que ver con los destinatarios de la propaganda real. Como sólo los escribas podían leer los textos y algunos textos ni siquiera eran visibles, parece que los destinatarios eran solamente unas pocas personas, razón por la cual se hace difícil hablar de «propaganda».³⁰ De hecho todo es una cuestión de grado, y es indudable que hay una relación inversa entre el detalle y la difusión de las ideologías políticas. Los textos más técnicos, detallados y complejos estaban destinados a los círculos palaciegos, en su mayoría escribas y altos funcionarios: sólo ellos tenían acceso a esos textos y podían entender sus implicaciones; sólo ellos estaban profesionalmente interesados en ellos; y el rey tenía que saberlos convencidos e incondicionales de la ideología oficial. Puede decirse, pues, que los autores y los destinatarios de los textos políticos eran uno y el mismo, lo cual es perfectamente normal en todos los periodos históricos.

Pero había además otros canales para difundir más ampliamente las ideologías políticas por todo el país, canales verbales, visuales y ceremoniales, donde también la arquitectura desempeñaba un papel importante. Lógicamente la riqueza de la ideología política se empobrecía cuando se usaba este tipo de canales, pero también la necesidad de inculcación ideológica se reduce al pasar del palacio real a la capital y, de allí, a las ciudades y provincias periféricas, a las pequeñas aldeas del medio rural y a los grupos pastores de las estepas o de las montañas. De modo que los textos que tenemos no estaban al alcance de toda la población, pero algo de ellos siempre llegaba a todo el mundo en función de su nivel cultural y su implicación política.

La segunda cuestión es la de la diferenciación de la ideología según los estratos socioeconómicos. No sabemos casi nada sobre las ideologías políticas (y sobre las cosmovisiones en general) de las clases inferiores, al menos durante el periodo que aquí analizamos, y lo poco que sabemos siempre viene filtrado a través de los textos de las clases dirigentes. Los elementos más generales de la ideología dominante —especialmente respecto al tema de las relaciones con los extranjeros y el mundo externo— parecen ser básicamente comunes a todos los estratos sociales y políticos, y en cambio los aspectos más específicos se seleccionan según los intereses, necesidades, sentimientos y tradiciones concretas de los distintos grupos y clases sociales. De todos modos, nuestro análisis se limita inevitablemente a las ideologías políticas de las clases gobernantes.

Se hace necesaria una última consideración, de carácter más práctico. El estudio que aquí realizamos no pretende abarcar de forma exhaustiva las relaciones internacionales del Próximo Oriente antiguo, ni pretende utilizar todos los documentos existentes relacionados con el tema. Es selectivo en cuanto a su enfoque, con algunos análisis generales y otros muy concretos, y un análisis particularmente detallado de algunos textos y términos de especial relevancia para nuestras tesis. Si todos los párrafos de este libro aprovecharan plenamente toda la base documental disponible y la profundizaran analíticamente, todos y cada uno de ellos podría convertirse perfectamente en una monografía. Pero evidentemente ello no es factible ni tampoco deseable: sólo deseo destacar que la presente obra no agota el tema sino que más bien sugiere una nueva dirección para los estudios históricos sobre el Bronce final. El tratamiento desigual del tema, dictado por la desigual disponibilidad de los datos y el desigual reflejo del mundo político que contiene esos datos, convierten este ensayo en una perspectiva

relativamente personal sobre un tema que «en la realidad» rayo que ser
mucho más complejo y contradictorio

CITAS

1. Por ejemplo. A. B. Bozeman *Politics and Culture in International Society* (New Brunswick y Londres, 1994).
2. La cuestión está explícita o implícitamente presente en la mayoría de las contribuciones contenidas en R. Cohen y R. Westbrook (eds.), *Amarna Diplomacy* (Baltimore y Londres, 2000).
3. W. L. Moran. *The Amarna Letters* (Baltimore y Londres, 1992); M. Liverani, *Le lettere di el-Amarna*, I-II. (Brescia, 1998-1999).
4. E. Laroche. *Catalogue des textes hittites* (Paris, 1971).
5. P. Bordreuil y D. Pardee, *La trouvaille épigraphique de l'Ougarit* (Paris, 1989).
6. J. M. Durand, *Documents épistolaires du palais de Mari*, I-III (París, 1997-2000).
7. A. Archi (et al.), *Archivi Reali di Ebla*, I-XI (Roma, 1985-1993).
8. Recientemente el volumen sobre *Amarna Diplomacy* (antes citado) lleva el subtítulo *The Beginnings of international Relations*.
9. G. R. Berridge en *Amarna Diplomacy*, pp. 212-224.
10. M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World* (Cambridge, 1987), pp. 66-73.
11. Sobre el comercio y los mercaderes del Bronce final, véase J. D. Muhly, C. Zaccagnini, G. Kestemont y M. Heltzer en *Iraq*, 39 (1977), pp. 73-82, 171-189, 191-201, 203-211.

12. Kitchen, Suppiluliuma; E. Hornung, Untersuchungen zur Chronologie und Geschichte des Neuen Reiches (Wiesbaden, 1964); D. B. Redford, History and Chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt (Toronto, 1967); C. Kühne, Die Chronologie der Internationalen Korrespondenz von El-Amarna-(Neukirchen, 1973); R. Krauss, Das Ende der Amarnazeit (Hildesheim, 1978); P. Aström (ed.), High, Middle or Low?, I-II (Göteborg, 1987).
13. V. Korolec, International Relations According to Cuneiform Reports from Tell el-Amarna and Hittite State Archives (Ljubljana, 1950) sigue siendo la obra más general; G. Kestemont, Diplomatie et droit international en Asie Occidentale (1600-1200 av. J. C.) (Louvain-la-Neuve, 1974) es muy detallado pero de uso difícil desde una perspectiva histórica (véase más abajo).
14. Aparte de Egipto y Hatti (cuyos «Imperios Nuevos constituyen gran parte de los estudios de estas regiones), cabe mencionar algunas importantes monografías. Sobre Babilonia: J. A. Brinkman, Pylaterials and Studies for Kassite History, I (Chicago, 1976). Sobre la Alta Mesopotamia: Harrak, Hanigalbat. Sobre Siria: H. Klengel, Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend I-III (Berlín, 1965-1970); M. Liverani (ed.), La Siria nel tardo bronzo (Roma, 1969.).
15. Helck, Beziehungen; R. Givón, The Impact of Egypt on Canaan (Göttingen, 1978); D. B. Redford, Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times (Princeton, NJ, 1992).
16. La historia de Sirio-Palestina durante el Bronce final se aborda en capítulos de W. F. Alright (II.XX; II.XXXIII), N. S. Drower (II.X.1-2; II.XXIb), A. Goetze (II.XVIII; II.XXIV), K. Kenyon (II.XI), H. J. Franken (II.XXVIb), O. Eissfeldt (II.XXVIa), R. D. Barnett (II.XXVIII), sin un plan coherente, y la mayoría de las veces con referencias a regiones externas.

17. Para un resumen de las teorías de Polanyi, véase G. Dalton en *Ancient Civilization and Trade* (Albuquerque, NM, 1975), pp. 63-132. Sobre el impacto de Polanyi en los estudios históricos, Humphreys en *History and Theory*, 8 (1969), pp. 165-212; Y. Garlan en *La Pensée*, 171 (1973), pp. 118-128; L. Valensi en *Annales ESC*, 29 (1974), pp. 1311-1319. Entre los orientalistas, la obra de Polanyi fue duramente criticada, en parte porque el enfoque filológico dominante en los estudios sobre Oriente Próximo apenas dejaba espacio a enfoques interpretativos más globales, y en parte también porque, en su tratamiento específico del Próximo Oriente, Polanyi eligió ejemplos inadecuados que pusieron de manifiesto sus debilidades filológicas e históricas –véase K. R. Veenhof, *Aspects of Old Assyrian Trade and its Terminology* (Leiden, 1972), pp. 348-357; M. A. Powell en *Oikumene*, 2 (1978), pp. 127-144; M. Silver en *Journal of Economic History*, 43 (1983), pp. 795-829; J. Gledhill y M. T. Larsen en *Theory and Explanation in Archaeology* (Nueva York, 1982), pp. 197-229-. Más recientemente, algunos estudiosos de formación orientalista han vuelto a utilizar satisfactoriamente las teorías de Polanyi en la reconstrucción de los sistemas económicos del Próximo Oriente antiguo –por ejemplo, J. J. Janssen, *Commodity Prices from the Ramesside Period* (Leiden, 1975), pp. 558-562; *SAK*, 3 (1975), pp. 127-185; *GM*, 48 (1981), pp. 59-77; J. Rengo en *Circulation of Goods in Non-Palatial Context in the Ancient Near East* (Roma, 1984), pp. 31-47, por no hablar, evidentemente, de C. Zaccagnini, *Scambio y JAES*, 42 (1983), pp. 245-264: y yo mismo en *MANE*, 1/5 (1979) pp. 21-33–, aunque sospecho que la reacción general no ha sido especialmente entusiasta.
18. K. Polanyi en *Trade and Market in the Early Empires* (Glencoe, IL, 1957), p. 250.
19. Este riesgo es real con el tercer modelo de Polanyi, el «mercado», que tiende a ser identificado con nuestro modelo, y a considerar los demás como sistemas más «primitivos o «simplistas».
20. Este es el significado del sumerio *é-gal* y del egipcio *pr*´.

21. Sobre la relevancia de la «unidad familiar» en las economías del Próximo Oriente antiguo, véase I. J. Gelb en JAOS, 87 (1967), pp. 1-8; y también el número especial de Oikumene, 5 (1986), pp. 9-53 (artículos de I. A. Powell, W. F. Leemans, H. Klengel, N. B. Jankowska, J. Zablocka, M. A. Damdamayev).
22. Dalton en Ancient Civilizations and Trade, pp. 91-93.
23. M. D. Sahlins en The Relevance of Models for Social Anthropology (Londres, 1966), p. 144 y passim.
24. A. Emmanuel, L'échange inégal (París, 1972); A. G. Frank, Capitalism and Underdevelopment in Latin America (Nueva York, 1967); S. Amin, Impérialisme et sous-développement en Afrique (París, 1976); y otras obras del mismo talante. Sobre todo C. Meillassoux, Femmes, greniers et capitaux (París, 1975), p. 104, denuncia la aplicación del concepto de reciprocidad a las relaciones de explotación.
25. N. J. Smelser en Economic Development and Cultural Change, 8/2 (1959), pp. 173-182, proponía diferenciar la redistribución real de una pauta distinta de «movilización» (p. 179), donde sólo existen las contribuciones centrípedas.
26. Sahlins, The Relevance of Models, p. 163.
27. C. Lévi-Strauss en Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde, 62/112 (1956), pp. 99-128, reeditado en su Anthropologie structurale (Paris, 1958).
28. A principios de los años setenta, cuando tratábamos de descodificar los mensajes de las antiguas inscripciones reales, nos influyeron considerablemente los estudios sobre la contra-información que entonces se estaban aplicando a los medios de comunicación modernos. En este sentido, quisiera muy especialmente señalar mi deuda con R. Barthes, Mythologies (París, 1957), y con otras obras italianas como U. Eco, Il costume di casa (Milán, 1969). Entre los orientalistas, la descodificación crítica del discurso político culminó con la publicación de J. Chesneaux, Du passé faisons table-rase? (París, 1976).

29. En los últimos años, P. James, *Centuries of Darkness* (New Brunswick, NJ, 1993) y E. Gasche et al., *Dating the Fall of Babylon* (Gante 1998) han tratado de eliminar las «edades oscuras» acortando la cronología. Pero las «edades oscuras» existen realmente o son la materialización del carácter problemático de la continuidad tanto de las fuentes disponibles como del desarrollo histórico tan característico de los tiempos pre-modernos.
30. P. Garelli en *Akkadica*, 27 (1982), pp. 16-29; IV. Mayer, *Politik und Kriegskunst des Assyrer* (Münster, 1995), pp. 5-6. A estas alturas, la palabra «propaganda» ya se ha convertido en un término corriente en los estudios sobre el Próximo Oriente, véase por ej., J. J. Finkelstein y A. L. Oppenheim en *Propaganda and Communication in World History*, I (Honolulu, HI, 1979), pp. 50-110, 111-144; a lo largo de este libro se citarán muchos otros estudios.

PRIMERA PARTE

TERRITORIO Y FRONTERAS

1. TERRITORIO INTERNO Y TERRITORIO EXTERNO

La noción de un espacio homogéneo, cualitativamente indiferenciado, visto como lugar geométrico de las posiciones recíprocas entre objetos, y por lo tanto inmutable sea cual sea el punto de observación adoptado, es una abstracción «moderna» sólo pertinente para determinados campos de análisis. Pero en la actividad política, y en general en las relaciones humanas, el espacio —o el territorio— apenas se ha percibido como algo homogéneo. Y lo mismo es extensible a la actualidad, porque si bien a la hora de abordar problemas de geometría o de física somos seres euclidianos y «racionales», esa racionalidad brilla por su ausencia cuando se trata de otras personas u otras comunidades políticas, algo que resulta aún más evidente si cabe en el periodo aquí considerado, cuando incluso los documentos oficiales aplicaban libremente símbolos e ideas que en los documentos políticos modernos suelen ser menos evidentes, ocultos en parte por una reescritura modelada por el pensamiento racional hegemónico.¹

La diferenciación cualitativa de la percepción territorial se basa en impresiones psicológicas obvias, fundamentalmente centradas en la búsqueda de seguridad. El enfoque más influyente del pasado 'surgió de la teoría del pensamiento «mítico» (o incluso «primitivo»),² que también se introdujo en los estudios sobre el Próximo Oriente antiguo.³ Es preciso superar el prejuicio según el cual ese enfoque es aplicable solamente al pensamiento «primitivo» y «arcaico», mientras que «nuestra» forma de pensar sería la normal y racional, una idea a su vez perfectamente mítica.⁴ Eliminado este prejuicio, los estudios sobre el pensamiento mítico conservan un gran valor heurístico y de hecho siguen utilizándose corrientemente en la fenomenología de la religión y en otros ámbitos similares.⁵ No es preciso analizar aquí las raíces psicológicas de la valoración diferenciada del espacio. Baste decir que encuentran una aplicación concreta en la preferencia de lo conocido sobre lo desconocido, de la luz sobre la oscuridad, de lo cerrado sobre lo abierto, de lo sólido frente a lo frágil, de lo compacto frente a lo disperso, de lo fijo sobre lo móvil, de lo familiar frente a lo extraño, etc. La concentración de todas las cualidades positivas de las alternativas mencionadas conforma (óptimamente) el área donde se halla el sujeto, mientras que las alternativas negativas se desplazan a la periferia. No es sólo, ni principalmente, una

cuestión de comportamiento práctico, sino también, y sobre todo, una cuestión de representación simbólica de la realidad, un sistema de valores.

La oposición entre el centro y la periferia puede percibirse desde diferentes niveles e influye en mayor o menor medida en la organización social.' Hay un nivel de relaciones personales (la casa o la familia); hay un nivel local (la comunidad u asentamiento) formado por las personas y los lugares que solemos frecuentar en la vida cotidiana; y hay un nivel más amplio aplicable a la unidad nacional o cultural. Las personas que comparten una lengua y unos valores, costumbres y procedimientos, y que están inmersas en el mismo sistema administrativo, económico y político, tienden a diferenciar su propio territorio de las zonas circundantes. Esta diferencia puede verse reflejada incluso en la terminología: por ejemplo, en sumerio el país interno es kalam y las tierras/montañas circundantes kur.kur,⁷ en egipcio el valle del Nilo es t';, las montañas adyacentes son h',swt, la tierra agrícola oscura es kmt, y la estepa rojiza exterior es dsrt.⁸ Una contraposición similar entre «nuestro» pueblo interno y los pueblos extranjeros' parece desarrollarse en el primer milenio —Edad del Hierro—, contraposición aún desconocida en los estados territoriales (no «nacionales») de la Edad del Bronce.¹⁰

Ahora bien, la nítida diferenciación entre país interno y país externo pudo verse influida —y facilitada— en ciertos casos por factores topográficos y ecológicos, que de hecho determinaron la propia constitución de algunas unidades políticas y el establecimiento de fronteras culturales y lingüísticas. El ejemplo más claro es Egipto, donde las diferencias entre el fértil valle irrigado y la estepa árida o el desierto, entre el campo intensamente poblado y el espacio «vacío» de alrededor, son impresionantes. Egipto es además una región relativamente cerrada, con sólo algunas «puertas» que la conectan con otras áreas (lejanas y menos densas) de asentamiento intensivo.

Mesopotamia es un caso ligeramente distinto: limita con el desierto por el suroeste y con las montañas al noreste, pero como región está mucho más abierta a los contactos con las regiones circundantes. Disfruta además de una mayor complejidad interna y de unas fronteras sociales y ecológicas móviles.¹¹ Otros países (Anatolia, Siria-Palestina e Irán) tienen razones geográficas menos claras para considerarse a sí mismos bien delimitados y cualitativamente diferentes de sus vecinos, y sin embargo también desarrollaron una visión centralista y una estimación cultural diferenciada del espacio.

En efecto, debemos tener debidamente en cuenta la discontinuidad poblacional del Próximo Oriente en el Bronce final.¹² La población (especialmente quienes gozaban de una vida urbana y de una sociedad estatalizada) estaba concentrada en áreas relativamente limitadas, desde las grandes llanuras aluviales de Egipto y de la Baja Mesopotamia hasta los pequeños enclaves de montaña, separados entre sí por la estepa o los bosques o montañas habitados por una población poco densa —si es que la había— de escaso desarrollo tecnológico y organizativo. Por lo tanto, los contactos, e incluso el conocimiento, de cuanto había más allá de los límites ecológicos y de las fronteras políticas eran más bien difíciles, y no formaban parte de la experiencia cotidiana de la gente corriente.

Esta tendencia al aislamiento logró mantener viva una percepción «nuclear» o «centralista» de las relaciones territoriales, una percepción que sólo desaparecería con la intensificación de los contactos con el Inundo exterior, y una experiencia de pueblos diversos que pondría de manifiesto que esa diversidad no era natural sino cultural, y cuantitativa más que cualitativa. En otras palabras, las barreras ecológicas no son la causa de la valoración diferenciada del espacio geográfico (que nace de rasgos psicológicos básicos), sino un factor de su organización y su consolidación en forma de estereotipos culturales (y posteriormente «nacionales»).

Los elementos geográficos y las características culturales de los habitantes del inundo periférico se consideran no sólo diferentes sino inferiores a los del territorio central. Si la periferia es un desierto, será sede de la muerte y del vacío (incluso la imagen de los infiernos);¹³ si es una zona arbolada, será la sede de la oscuridad; y si es una montaña, será de difícil acceso. Sus recursos económicos (véase el capítulo 21) son limitados e insuficientes para la vida humana: adquieren un valor razonable sólo en función de las complejas e importantes necesidades del territorio central. La cultura de los extranjeros es vista bien como carente de los requisitos elementales del mundo civilizado (véanse los estereotipos mesopotámicos de los nómadas que «no conocen/no tienen casa/ciudad/grano/etc.»),¹⁴ bien como el claro contraejemplo de la propia. En un himno real ramésida, los asiáticos son «los que siembran en verano y cosechan en invierno».¹⁵ Entre los muchos tópicos a analizar, aquí seleccionaremos sólo dos: la lengua como elemento sustancial de la cultura, y el agua como elemento esencial de la vida.

En el círculo de los escribas del periodo ramésida, la educación de los niños, la asimilación de los extranjeros y la domesticación de los animales se colocan en el mismo saco, y se contraponen a la cultura del varón egipcio adulto y educado. Las Instrucciones de Ani, un texto erudito de finales de la XVIII Dinastía, ofrece el cuadro más detallado:

El león salvaje depone su furia, y se asemeja al tímido asno. El caballo aceptados arreos, y obediente sale fuera. El yerro obedece las palabras, y camina detrás de su amo. El simio lleva el bastón, aunque su madre no lo llevara. La oca regresa del estanque, cuando van a encerrarla es el corral. Se enseña al nublo a hablar egipcio, y también al sirio y a otros extranjeros.¹⁶

Idéntica perspectiva se observa en las misceláneas de los escribas: «El simio entiende las palabras, aunque procede de Kush».¹⁷ Es decir, el simio tiene dificultades para hablar «egipcio» (recuérdese que la «lengua egipcia» [ns n rmt] es literalmente «la lengua humana»),¹⁸ no por ser un animal, sino por ser de Kush. Es de suponer que los simios normalmente comprenden, y posiblemente hablan, la lengua de Kush. Los animales y los extranjeros pueden aprender el egipcio, pero su lengua original es físicamente distinta, e «invertida» respecto a la lengua «humana/egipcia»:

Llevados a Egipto (los libios) fueron recluidos en fortalezas... Estando al servicio del rey, oyeron hablar la lengua egipcia, y el rey les permitió olvidar su propia lengua, invalidó sus lenguas.¹⁹

También en Asia puede rastrearse la idea de que las lenguas extranjeras son objetivamente incomprensibles, y más bien comparables a las voces animales (sobre todo de los pájaros). Pero allí donde el bi- y el multilingüismo se convierten en una experiencia corriente, las distintas lenguas se valoran y se sitúan en el mismo plano, y entre ellas se da una «correspondencia» (el término técnico es *mithurtu*)²⁰ que encuentra su expresión en la creación de vocabularios bi- y multilingües,²¹ en traducciones interlineales²² y en el uso generalizado de intérpretes.²³

El caso del agua es bastante similar. Si se llega a un río extranjero, de tamaño comparable al del Nilo (por ejemplo, el Éufrates), se clasifica como «agua invertida» (mw qd) porque fluye en sentido contrario.²⁴ Pero la creencia general es que los países extranjeros carecen de ríos, y que para sus necesidades agrícolas dependen de la lluvia, un sucedáneo bastante inferior y poco fiable:

Tú haces un Nilo en el mundo inferior, tú lo educes porque deseas sustentar al pueblo (de Egipto), según tú los hiciste para ti mismo... Todos los países extraños y distantes (también) hiciste su vida, pues estableciste un Nilo en el cielo, para que descienda para ellos y haga olas sobre los montes, como el gran mar verde, para irrigar sus campos en sus ciudades. ¡Cuán efectivos son tus propósitos, oh Señor de eternidad! El Nilo del cielo es para los pueblos extranjeros y para las bestias de todo desierto que van sobre (sus) pies; (en cambio, el verdadero) Nilo sale del mundo inferior para Egipto.²⁵

Este es el himno de Amenofis IV a Atón, un intento poco habitual de una visión universalista y equilibrada del mundo donde todos gozan de los beneficios de un dios universal, si bien el egipcocentrismo sigue impregnándolo todo.

Evidentemente también el territorio interno puede tratarse a distintos niveles, desde el mítico hasta el técnico. En el caso de Egipto, la idea mítica se basa en la «unión de Ambas Tierras» (sm´,t´;wy), un mito político fundamental de la ideología faraónica.²⁶ Existen textos de carácter más realista, desde los que presentan cálculos teóricos/generales de la extensión del país,²⁷ hasta los que contienen una descripción técnico-administrativa de su subdivisión en grandes propiedades (templos o palacios) y en campos individuales, como es el caso del gran catastro del Papiro Wilbour.²⁸

El mismo abanico de posibilidades es aplicable a los países extranjeros: desde una lista mítica y estereotipada de los «Nueve Arcos»,²⁹ hasta el instrumento técnico del «Itinerario»,³⁰ como el que aparece englobado en los Anales de Tutmosis III,³¹ o el reconstruible a partir de la carta de Anastasi I.³² Reconstruyendo la información contenida en este texto, es posible asimismo recrear una valoración diferenciada de Siria tal como la veían los mensajeros y funcionarios egipcios que viajaron por aquella tierra.

Algunos lugares bajo control administrativo egipcio, como Jaffa, se consideran sumamente seguros (aparte de los robos y algunos problemas menores con los habitantes) y eficientes (los artesanos locales pueden reparar los carros), mientras que otros lugares, como Tiro y Biblos, se ven algo extraños pero urbanos y civilizados pese a todo. Pero el espacio entre ellos es hostil: a las dificultades físicas (hay que atravesar montañas y ríos, malos caminos, bosques) se añade la presencia de animales salvajes y de hombres también salvajes y feroces.³³ El control civil de la caótica periferia es difícil, el territorio es demasiado vasto y diferente, y también vacío y lleno de peligros, donde todo se mueve y permanece agazapado o en la sombra. La sensación general es de inseguridad.

El control hitita del territorio de los kashka no difiere mucho del control egipcio de Siria-Palestina. Las Instrucciones para el bēl madgalti³⁴ (el jefe de guarnición de una torre de vigilancia) pueden analizarse de la misma manera. Hay un espacio cerrado y bien protegido: la propia madgaltu, la torre o fortaleza de la guarnición, y en el interior de ese espacio todo debe funcionar con un cuidado y una precisión tan obsesivos que revelan un grado considerable de ansiedad. Cada año hay que revestir los muros, limpiar los canales de drenaje y comprobar las cerraduras; las dimensiones de vigas y tablones tienen que ser exactas (se dan codos y dedos); y así todo lo demás. Se concede máxima prioridad a la vigilancia desde las murallas y al abrir y cerrar las puertas de la fortaleza, los puntos más críticos para acceder al mundo exterior (y viceversa) que escapa a todo control.³⁵ Al otro lado de las murallas, donde se suceden los robos y otros diversos delitos, la guarnición hitita debe proceder con la máxima cautela: los exploradores van delante de las tropas, las cuales no deben perseguir a las fuerzas enemigas durante más de tres días; y el jefe de la guarnición no puede ausentarse más de dos días. Una jornada de marcha constituye el máximo radio de seguridad.³⁶

Entre la fortaleza cerrada y protegida y el territorio peligroso y desconocido, existe un cinturón intermedio: las aldeas locales, habitadas por extranjeros y deportados, también extranjeros. En las aldeas hay que imponer el control hitita y establecer la civilización. Estas tareas deben cumplirse con prudencia, siempre a tenor de los deseos de las autoridades locales, y mostrando la máxima consideración hacia dos cuestiones sumamente próximas a las necesidades y a los valores de la población local: la restauración de los templos y lugares de culto, la sustitución del personal sacerdotal y las fiestas, y la administración de justicia:

Como se ha hecho siempre desde los tiempos antiguos, en una ciudad donde habitualmente se hubiera impuesto la pena de muerte, se seguirá esa práctica. Pero en una ciudad donde se hubiera impuesto el exilio, se seguirá manteniendo (la costumbre).³⁷

Los hititas, que en su trato con los pueblos periféricos despliegan una mentalidad tan «etnológica» y capaz de apreciar la diversidad cultural,³⁸ y se esfuerzan por ampliar el cosmos a expensas del caos circundante, se muestran en cambio más crueles y «centralistas» cuando alguna costumbre extraña de la periferia bárbara representa un peligro para su país interno e incluso para el palacio real. En tal caso, tal como muestran claramente las normas aplicables al matrimonio de una princesa hitita con el jefe «bárbaro» de los hayasha, la anomalía o la diversidad deviene un crimen.³⁹

CITAS:

1. P. Janni en *AION*, 33 (1973), pp. 445-500; 35 (1975), pp. 145-178.
2. Las obras clásicas son L. Lévy-Bruhl, *La mentalité primitive* (París, 1922); E. Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen. IL Das Pölythische Denken* (Oxford, 1923).
3. H. Frankfort, *The Intellectual Adventure of Ancient Itian* (Chicago, 1946). Véase hoy P. Machinist en S. N. Eisenstadt (ed.), *The Origins and Diversity of Axial Age Civilizations* (Nueva York, 1986), pp. 195-200.
4. El punto de inflexión llegó con C. Lévi-Strauss, *La pensée sauvage* (París, 1962).
5. Las páginas de M. Eliade sobre la estructura cíclica del tiempo (*Le mythe de l'éternel retour*, París, 1949), o sobre el carácter cósmico vs. caótico del espacio interno vs. externo (*Le sacré et le profane*, París, 1965), todavía son útiles.
6. Egipto: H. Brunner en *Studium Generale* 10 (1957), pp. 612-620; J. Leclant en *Revue de Synthèse*, 55-56 (1969), pp. 217-239; Mesopotamia: E. Cassin, *ibid*, pp. 241-257.
7. H. Limet en *RA*, 72 (1978), pp. 1-12; G. Steiner en H. J. Nissen y J. Renger (eds.), *Ylesopotamien und seine Nachbarn* (Berlín, 1982), pp. 633-664.
8. E. Hornung en *MDIK*, 15 (1957), pp. 122-123; *LA*, I (1975), pp. 76-78.
9. Hebreo Kam (nuestro) pueblo» vs. goyim «pueblos (extranjeros)»: E. A. Speiser en *JBL*, 79 (1960), pp. 157-163; *TWAT*, I, pp. 965-973; *THAT*, II, pp. 290-325; R. McC. Good, *The Sheep of His Pasture* (Chico, CA, 1980).
10. G. Buccellati, *Cities and Nations of Ancient Syria* (Roma, 1967); E. Paltiel en *Abr-Nahrain*, 19 (1981), pp. 43-61.
11. R. Adams en Ch. Moore (ed.), *Reconstructing Complex Societies* (Cambridge, MA, 1974), pp. 1-20.

12. M. Rowton en *Studies B. Landsberger* (Chicago, IL., 1965), pp. 375-387.
13. A. Haldar, *The Notion of Desert in Sumero-Accadian and West-Semitic Religion* (Uppsala-Leipzig, 1950); S. Talmon en *Figurative Language in the Ancient Near East* (Londres, 1987), pp. 117-142; N. Wyatt en *17F*, 19 (1987), pp. 375-389.
14. G. Buccellati, *The Amorites of the Period* (Nápoles, 1966), pp. 89-95; J. Cooper, *The Curse of Agade* (Baltimore, MD, 1983), pp. 30-33.
15. V. Condon, *Seven Royal Tablets of the Ramesside Period* (Berlín, 1978), p. 21.
16. *AEL*, II, p. 144.
17. *LEM*, p. 13.
18. Sobre el «egipcio» rmt y «hombre», véase M. Defosse en *G1'l*, 85 (1985), pp. 25-27.
19. S. Sauneron en *BIFAO*, 60 (1960), p. 41; S. Donadoni en *YO*, 3 (1980), pp. 1-14.
20. Liverani en *YO*, 3 (1980), pp. 15-31. Sobre los lenguajes animales W. G. Lambert en *AnSt*, 20 (1970), pp. 111-117; sobre mīthurtu W. von Soden, *Zweisprachigkeit in der geistigen Kultur Babyloniens* (Viena, 1961).
21. Sh. Izreel, *The Amarna Scholarly Tablets* (Groningen, 1997), pp. 37-81.
22. *RIA*, 5 (1976-1980), pp. 124-128.
23. I. J. Gelb en *Glossa*, 2 (1968), pp. 93-104.
24. D. B. Redford en *TSSF* 4, 10 (1979), pp. 68-69.
25. *AEL*, II, p. 98. Véase S. Sauneron en *BIFAO*, 51 (1952), pp. 41-48.
26. H. Schafer en *MDIK*, 12 (1943), pp. 73-95; H. Goedicke en *Mélanges*

Gamal Eddin Mokhtar, I (Cairo, 1985), pp. 307-324.

27.A. Schlott-Schwab, Die Ausmasse Agyptens nach altagyptischen Texten (Wiesbaden, 1981).

28.A. H. Gardiner; The WilbourPapyrus, II-III (Oxford, 1948).

29.E. Uphill en JEOL, 19 (1965-1966), pp. 393-420; J. Vercoutter en BIFAO, 48 (1949), pp. 108-128, 189-202; LA, I (1975), pp. 841-845; IV (1982), pp. 472-473; D. Valbelle, Les neuf ares (París, 1990).

30. Sobre el itinerario como instrumento técnico de los pueblos que desconocen los mapas geográficos. véase P. Janni, La mappa e il periplo (Roma, 1984), pp. 31-32 y passim. Sobre el periodo aquí analizado, W. Rellig en DaM, 1 (1983), pp. 279-284; A. H. Gardiner en JEA, 6 (1920), pp. 99-116; H. Limet en Transeuphratène 8 (1994), pp. 95-107.

31. D. B. Redford en JSSEA, 12 (1982), pp. 55-74.

32. ANET, pp. 475-479.

33. ANET, pp. 477-478.

34. E. von Schuler, Hethitische Dienstanweisungen für höhere Hof- and Staatsbeamte (Graz, 1957), pp. 41-52; A. Goetze en JCS, 14 (1960), pp. 69-75. Sobre la amenaza de los kashka, los «limes» hititas y la política de «pacificación. (= sumisión). véase E. von Schuler, Die Kafkaer (Berlin, 1965), esp. pp. 61-65; M. Marazzi en Quaderni Crbinati di Cultura Classica, 29 (1988), pp. 138-145.

35. Puertas: H. Otten en BaM, 3 (1964). pp. 91-95; I. Singer en J. Westenholz (ed.), Capital Cities (Jerusalén, 1998), pp. 169-176.

36. E. Laroche en RHA, 67 (1960), pp. 81-86; Sobre la frontera de Kashka J. M. González Salazar en AuOr, 12 (1994), pp. 109-176; T. R. Brioe en Tel Aviv, 13-14 (1986), pp. 85-102.

37. ANET, p. 211.

38. «Etnología» hitita: von Schuler, Kajakder, pp. 1-10, 76-77.

39. HDT, pp. 27-28; comentarios de von Schuler, Kafkaer, pp. 6-7; Pintore, Matrimonio, pp. 72-73; O. Carruba en Festschrift K. Otten (Wiesbaden, 1988), pp. 59-75.

2. EL DOMINIO UNIVERSAL

El uso de títulos y epítetos reales alusivos al dominio Universal del mundo es bien conocido en todas las épocas de la historia del Próximo Oriente antiguo, sobre todo en el Bronce final. Es un interesante problema de orden lógico y taxonómico: cómo expresan los antiguos escribas la totalidad, y por consiguiente, ¿cómo expresar el dominio universal? La manera más sencilla es afirmar la autoridad sobre un mundo visto como una unidad indiferenciada. Un ejemplo clásico es el título acadio sarkissati («rey del universo»), que en nuestro periodo adoptan los reyes cassitas (desde Kurigalzu I) en su sentido abstracto,¹ y los reyes asirios (desde Assur-uballit I hasta Tiglatpileser I),² y como reacción también lo adoptará el rey hitita Tudhaliya IV,³ seguramente aludiendo directamente al control sobre la Alta Mesopotamia. Otra forma es afirmar el control sobre una totalidad, o un todo, entendida como algo unido aunque no unitario, homogéneo pero no compacto, como se insinúa en el título acadio sar/bël kissat nisé, «rey/señor de la totalidad de las gentes»,⁴ o en el título egipcio nb n h';swt nbt, «señor de todas las tierras».⁵

Pero es más frecuente ver la totalidad como algo estructurado, esto es, subdividida en diferentes partes. De este modo se destacan las relaciones espaciales respecto al país central y se confirma su posición de eje central del mundo. La totalidad suele estructurarse sobre todo oponiendo el país interno y la periferia (por ej., hq; kmt dsrt, «rey de la tierra agrícola y de la estepa», o similar).⁶ Otra posibilidad es utilizar una doble designación para referirse al centro y/o a la periferia para distinguir uno de otra. La división bipartita más conocida del país interno es la idea egipcia de un oikumene, que es la suma de dos mitades complementarias, de igual valor, como reflejan los títulos reales más corrientes nswt bit «rey del Alto y Bajo Egipto», y nb t;wy, «señor de las dos tierras». En este caso la referencia al dominio universal se refiere sólo al país central o interno, pero se proyecta implícitamente al mundo entero. Las implicaciones del título babilonio «rey de Sumer y de Accad», aunque de carácter menos cosmológico, responden al mismo procedimiento lógico.⁸

La bipartición puede referirse también a los países exteriores: los reyes egipcios proclaman su control sobre las tierras del norte y del sur,⁹ y los reyes mesopotámicos proclaman su control del mar inferior y del mar superior.¹⁰ En ambos casos, la línea divisoria seleccionada para hacer

hincapié en la contraposición no es casual: es la delimitación natural que representan los grandes ríos. En Egipto esa línea divisoria vendrá dada por el curso del Nilo de sur a norte (tanto más cuanto que se cruza con la trayectoria del sol de este a oeste), y en Mesopotamia por el Éufrates y el Tigris, que fluyen hacia el «Mar Inferior» (el golfo Pérsico) y nacen en las montañas detrás de las cuales se halla el «Mar Superior» (el Mediterráneo).

En fin, la bipartición puede ser también tipológica, válida para todo el mundo: «el rey de las montañas y de las vastas llanuras», o simplemente «de arriba y de abajo» En todo caso está implícita la idea de que la unión de los contrarios forma una totalidad, una idea también operativa estilísticamente en varias lenguas del Próximo Oriente antiguo.¹²

También frecuente es la división según los puntos del compás, los puntos básicos de referencia de la orientación física del ser humano: «delante», «detrás», «a la derecha» y «a la izquierda» del observador.» Esta división cuatripartita de la periferia obliga implícitamente a fijar la atención en la presencia del país interno, en el centro de la intersección de las cuatro partes.¹⁴ En el Bronce final, el título mesopotámico de sar kibrat arba'im, «rey de las cuatro partes», ya era centenario y viene a ser una expresión sumamente estereotipada de esa misma idea.¹⁵ En Egipto la misma noción se expresa sobre todo mediante listas analíticas donde se afirma la autoridad faraónica sobre cuatro tierras que adquieren un rol significativo en virtud de estar ubicadas en los cuatro puntos cardinales:

Mis confines meridionales llegan hasta el país de Punt...
Mis confines orientales llegan hasta los pantanos de Asia...
Mis confines occidentales llegan hasta la montaña de Manu...
Mis confines septentrionales llegan hasta [xxx]...¹⁶ -

Si no, siempre queda la posibilidad de listas «abiertas», donde se acumulan el máximo de elementos individuales para dar la impresión si no de una totalidad sobre la que se vindica el dominio, al menos de una tendencia en esa dirección. Esa es la impresión que tratan de transmitir las listas interminables de países sometidos que aparecen en los relieves de los templos egipcios del Imperio Nuevo,¹⁷ y la enumeración (al parecer resultado de un registro administrativo muy preciso) de las ciudades conquistadas, de los enemigos asesinados o de los productos del botín o

del tributo, tan habituales en Egipto y en Asia. La presentación de «listados abiertos» es desde luego un medio menos riguroso que las divisiones bi- o cuatripartitas como instrumento para demostrar el dominio del mundo entero:" por larga que sea la lista, siempre se puede añadir (o imaginar) un nuevo elemento, otra ciudad aún no conquistada. Pero esas largas listas, aún siendo menos concluyentes, son más impresionantes, más eficaces en términos propagandísticos. Además, una lista abierta también puede ordenarse según un esquema estructural (por ejemplo, contraponiendo lugares meridionales y lugares septentrionales) con el fin de demostrar que los elementos listados son muchos y que su distribución abarca la totalidad del mundo.

Ahora bien, ¿qué relación hay entre un dominio universal puramente teórico y la realidad política? En una visión del mundo basada en la diferenciación cualitativa y en un desequilibrio de rango entre el centro y la periferia, la única solución política «correcta» es el imperio universal, un imperio universal que, implícitamente, existe desde los inicios: el país central mantiene una relación privilegiada con el dios o los dioses creadores y organizadores, y es la sede del único rey que hace de vínculo entre los dioses y los hombres; sólo a este soberano se le ha confiado la tarea de cuidar del buen funcionamiento de la actividad cosmológica de los dioses. Todo el mundo debe someterse a la autoridad política del soberano central, no hay espacio para poderes rivales ni para un poder compartido.

Adecuar la realidad política a estos conceptos cosmológicos es una actividad más mental que física: el conocimiento es más importante que la acción. La ideología centralista es una superestructura construida en función de la población interna y del control de ese pueblo por parte del rey. Importa menos dominar realmente el mundo que persuadir a la población interna de que se domina el mundo. Un control real —político, fiscal, administrativo y judicial— de una periferia bárbara y subdesarrollada no es siquiera remunerativo; lo que importa es el prestigio del rey en el reino central. Desde esta perspectiva, la realización práctica de la ideología imperialista posee un valor ejemplar y paradigmático: es una demostración de que el rey puede someter a los países extranjeros, obtener tributos foráneos y exterminar a los pueblos extranjeros a voluntad. La práctica del dominio es un ejercicio de la voluntad que, aunque no es aconsejable aplicar a todos los objetos, debe por lo menos ejemplificarse de una forma concluyente.

Además, el rey dispone de instrumentos de propaganda que le permiten «materializar» su éxito ante la población interna: desfiles conmemorativos, relieves monumentales, rituales y fiestas. Esta exhibición regia es la única oportunidad que tiene la población de conocer el mundo exterior; sencillamente lo ignora hasta que el rey lo «conquista» y exhibe sus conquistas.

Los títulos regios son parte de esta materialización demostrativa del éxito. Algunos contienen el «programa» para el reinado, las cualidades paradigmáticas del rey. Por eso se adoptan al principio del reinado, y por eso el rey se afana en demostrar cuanto antes que es merecedor del título que se le otorga: cuando se trata de títulos «imperiales», liderará una campaña victoriosa fuera de sus fronteras.¹⁹ Pero otros títulos, sobre todo los más concretos e ilustrativos de una realidad geopolítica, no pueden adoptarse sin justificación: los títulos hay que ganarlos.²⁰ Porque si resulta imposible comprobar o falsear la «veracidad» de los títulos muy genéricos o vagos («rey del universo»), en el caso de los títulos más concretos la contratación con la realidad política constituye un problema, y un interesante tema de análisis.

Nos limitaremos a un solo ejemplo: el título de sar tâmti eliti u supaliti, «rey del Mar Superior e Inferior», que asumió Tukuld-Ninurta I.²¹ El título era nuevo en Asiria y el soberano no pudo adoptarlo sin un acto demostrativo que lo justificara. Es un hecho que Asiria no limita con ningún mar, y que Tukulti-Ninurta nunca llegó al Mediterráneo ni al golfo Pérsico, pero sí conquistó Babilonia durante un breve lapso de tiempo, lo que seguramente le autorizó a adoptar el título. De hecho, lo utiliza primero en relación con la victoria sobre Babilonia y más tarde el título desaparece tras la renuncia a los territorios conquistados y la recuperación de la autonomía de los cassitas.

Si se ordenan las inscripciones del rey asirio por orden cronológico, se puede identificar con todo detalle el nexo entre los títulos y las conquistas militares.²² En la primera fase (antes de la conquista de Babilonia), todavía no utiliza el título de «rey del Mar Superior e Inferior», pero en el sector septentrional se alude con orgullo a la llegada a un «Mar Superior», que por el contexto resulta ser el lago Van. Esta identificación es bastante audaz ya que el lago en cuestión es a todas luces «superior» pero no es ni mucho menos un «mar» (la otra orilla es claramente visible y abordable). Pero la afirmación asiria es importante porque revela que en la mente del rey ya

estaba presente la idea de la unión entre ambos mares con vistas a justificar su pretensión de dominio universal.

En la segunda fase (las inscripciones que celebran la conquista de Babilonia, pero que aún ignoran la construcción de la nueva capital de Kar-Tukulti-Ninurta), la mención de la llegada al Mar Superior desaparece en tanto que afirmación explícita y separada porque ya se considera un hecho consumado. Se conmemora la victoria sobre los casitas y por lo tanto se adoptan los títulos de «rey de Karduniash» y «rey de Sumer y de Accad» además del título de «rey del Mar Superior e Inferior». Este título viene corroborado por la afirmación de que la frontera asiria llega hasta las orillas del golfo Pérsico. De momento, la ambición universalista parece satisfecha.

En la tercera fase (las inscripciones que celebran la construcción de la nueva capital) el título de «rey del Mar Superior e Inferior» se mantiene, pero surgen algunos problemas. El control asirio de Babilonia se debilita. Cuando Tukulti-Ninurta regresa a Asiria tras ejercer personalmente como rey de Babilonia durante un año, sus gobernadores tienen que enfrentarse a la oposición de tres reyes casitas —en rápida sucesión— a lo largo de un periodo de ocho años. Durante esa fase, Tukulti-Ninurta opta por conservar los títulos de «rey de Karduniash» y de «rey de Sumer y Accad», pero añade dos más: «rey de Sippar y de Babilonia», para describir de forma realista su dominio (ya se había perdido el sur de Babilonia), y «rey de Dilmun y Meluhha», en alusión al comercio con Bahrein y el valle del Indo para tratar de compensar su retirada con un avance ideológico. En esta tercera fase, ya no se menciona la frontera asiria a orillas del golfo.

Paralelamente emerge con fuerza el problema hitita en el frente occidental (la frontera entre Asiria y Hatti es el río Éufrates). Ahora que la opinión pública asiria está atenta al problema hitita, la pretensión de extender el dominio hasta el Mar Superior choca con el hecho evidente de que las tierras de Hatti se interponen entre el Éufrates y el Mediterráneo: De ahí que en la tercera fase aparezca la afirmación de que desde el primer año de su reinado Tukulti-Ninurta había deportado a 28.800 hititas «de más allá del Éufrates». Esta afirmación ha dado lugar a interpretaciones diversas. Algunos han sugerido que el rey asirio retrasó la celebración de su victoria para no empeorar sus relaciones con Hatti.²³ Pero esta interpretación es absurda porque una victoria tan sensacional habría comportado unas relaciones aún peores. Otros han sugerido que la travesía del Éufrates (con la consiguiente victoria y deportación de los hititas) fue más tardía, pero que

se inscribió como ocurrida en el primer año para destacar su relevancia.²⁴ Esta explicación también es absurda: una derrota real de los hititas y su deportación masiva habría merecido un párrafo especial (y sumamente triunfalista), y no se habría incluido junto a las campañas del primer año en las montañas Nairi.

Estimo que la interpretación correcta es bien distinta: no hubo ninguna victoria sobre los hititas, ni en el primer año ni más tarde. Pero en el ambiente anti-hitita del periodo de la guerra, mientras el frente real se estancaba en el Éufrates, se recuperó un viejo episodio de la primera campaña para poder conmemorar una victoria. Durante el primer año de la campaña, se atravesó el principal afluente del Éufrates, el Murat-Su, y se hicieron muchos prisioneros. El ataque no llegó a penetrar en el territorio del imperio hitita, pero en el «mapa mental» asirio cualquier tierra más allá del Éufrates era «país de Hatti», y sus habitantes podían definirse como «hititas» sin grandes reparos lógicos. De hecho, los famosos 28.800 deportados no eran hititas en el sentido político del término, sino que pertenecían a las tribus de la zona de captación del Alto Éufrates que Tukulti-Ninurta enumera con todo detalle. La lectura «anti-hitita» de un viejo acontecimiento permite potenciar la movilización en favor de la guerra y la ambición ideológica de dominar toda la región hasta el Mar Superior (el Mediterráneo). La deportación de los hititas demuestra, en realidad, el control asirio sobre el país de Hatti situado entre el Éufrates y el Mediterráneo, exactamente en los mismos términos que la victoria sobre Babilonia demuestra el dominio asirio sobre el territorio situado entre Asiria y el golfo Pérsico.

Este esfuerzo propagandístico desaparece en la cuarta fase, cuando se abandona el título de «rey del Mar Superior e Inferior». La frontera representada por el Éufrates se había demostrado impenetrable y se había perdido el dominio sobre Babilonia. El título de «rey de Sumer y de Accad» también se abandona, y dejan de mencionarse las conquistas territoriales logradas tras la conquista de Babilonia. Queda tan sólo el recuerdo de una gran batalla victoriosa y de la captura de un rey enemigo. Se aparcen de momento las ambiciones universalistas, aunque resurgirán unos 150 años más tarde con Tiglatpileser I.

La relación entre la realidad política y las declaraciones ideológicas pueden ser más o menos satisfactorias, pero siempre requiere algún tipo de justificación. Los títulos no son alardes vacíos, ya que el público —al menos

el círculo interno de los funcionarios de palacio— conoce la situación, exige justificaciones y está atento a los cambios.

CITAS:

- 1.W. Hallo, *Early Mesopotamian Royal Titles* (New Haven, CT, 1957), pp. 21-26; M. J. Seux en *RA*, 59 (1965), pp. 1-18.
- 2.ERAS, pp. 308-312.
- 3.H. Gonnert en *Hethitica*, 3 (1979), pp. 24-25.
- 4.ERAS, pp. 56 y 313; véase Oded, *War*, pp. 163-176.
- 5.Lorton, *Terminology*, pp. 14-15, epítetos análogos en pp. 81-82, 38-39, 84-86, 32-33.
- 6.Ibid, pp. 20-21, 29-30; Hornung en *MD1K*, 15 (1952), pp. 122-123.
- 7.S. Donadoni en *Studi Classici e Orientali*, 10 (1961), pp. 97-101; E. Otto en *Studia Aegyptiaca*, I (Roma, 1938), pp. 10-35.
- 8.Hallo, *Titles*, pp. 77-78; ERAS, pp. 302-303.
- 9.Sobre el fundamental «Hemisphkren-Schema» y sus complicaciones, véase J. Osing en *JE*. -f. 68 (1982), pp. 77-80.
- 10.Tukulti-Ninurta I (ERAS, p. 320), véase más abajo.
- 11.ERAS, p. 304; EAK, I, p. 85.
- 12.Hebreo: P. Boccaccio en *Biblia*, 33 (1952), pp. 173-190. Egipcio: A. Massart, en *Zvlélanges* A. Robert (París, 1957), pp. 38-46.
- 13.L. A. Christophe en *RE*, 6 (1952), pp. 89-114; G. Posener en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Phil-hist. Klasse*, 1965, n. 2, pp. 69-78; *LA*, II (1977), pp. 1.213-1.215.
- 14.El título «señor de las cinco partes» (Tutmosis III) habla de los cuatro puntos del compás más el centro (Posener, *Nachrichten*, p. 74; Lorton, *Terminology*, pp. 14, 45 nota 24).

15. Hallo, *Titles*, pp. 49-56; Seux en *RA*, 59 (1965), pp. 1-18; T. Maeda en *Orient*, 20 (1984), pp. 67-82; Glassner en *Akkadica*, 40 (1984), pp. 17-34. Sobre los periodos medio-asirio y medio-babilonio, véase *ERAS*, pp. 305-308.
16. *ARE*, II, p. 321 (Hatshepsut) es sólo un ejemplo.
17. J. Simons, *Handbook for the Study of Egyptian Topographical Lists* (Leiden, 1937); Sh. Ahituv, *Canaanite Toponymy in Ancient Egyptian Documents* (Jerusalén, 1984).
18. Véase mi distinción entre «distas abiertas» y «elementos opuestos» en *L'alba Bella civiltà*, III (Turin, 1976), pp. 499-513.
19. Sobre el título como programa de un reino, véase Hornung en *MDIK*, 15 (1957), pp. 120-133; *Saeculwn*, 22 (1971), pp. 48-58. Sobre la terminología de los títulos egipcios, véase M. A. Bonhéme en *BIFAO*, 78 (1978), pp. 347-387.
20. Para un periodo más tardío, véase mi artículo (Roma, 1981), pp. 225-257.
21. *RIMA*, I, p. 245. Sobre Tukulti Ninurta, véase H. Klengel en *Das Altertum*, 7 (1961), pp. 67-77; Harrak, *Hanigalbat*, pp. 206-277.
22. Una reconstrucción similar en H. Gaiter en *JCS*, -W(1988), pp. 217-235.

23.E. Weidner, Die Inschriften Tukulti-Ninurta I (Graz. 1959), p. 26; J. M. Munn-Rankin, Assyrian Military Power 1300-1200 B. C. (Cambridge, 1967), p. 20.;

24.EAK, I, pp. 82-83.

3. LOS CONFINES DEL MUNDO

Desplazando la atención del contenido al contenedor, la definición de un área de dominio se convierte en una definición de los confines: el imperio universal es un estado cuyas fronteras políticas coinciden exactamente con los confines del mundo. Pero el concepto mismo de «frontera» o «confín» es relativamente complejo, tanto en la ideología antigua como en la moderna. En los textos del periodo del Bronce final se observan algunas oposiciones fundamentales: por un lado, lineal vs. zonal, fijo vs. móvil, o estático vs. dinámico: por el otro, monodireccional vs. recíproco, configurando distintas nociones de «frontera» o de «confín» más conformes unas a una cosmovisión centralista y otras a una cosmovisión basada en la reciprocidad, respectivamente. La diferencia conceptual encuentra su expresión correspondiente en una diferencia léxica (aunque no sea coherente ni coincidente con «nuestra» terminología ni con nuestro marco conceptual). Concretamente, la terminología egipcia para denotar la idea de frontera se basa en dos palabras cuya diversidad ha sido debidamente destacada: *tꜣs* es una frontera real (política), flexible y móvil, mientras que *drw* es un confín mítico y fijo «perteneciente a la estructura del cosmos».¹

En la ideología centralista del Bronce final cabe distinguir dos concepciones de frontera, una de carácter estático y otra de carácter dinámico. Según la concepción estática, la frontera del imperio universal permanece fija en su lugar óptimo, como un ideal y un confín cósmico ajeno e indiferente a los acontecimientos históricos. Situada en el extremo confín de un mundo que se sabe limitado pero inmenso, está más allá de la experiencia y del conocimiento prácticos de la gente corriente. Por lo tanto, está más vinculada a elementos cósmicos que a rasgos topográficos, y está relacionada con las antítesis básicas fijo/móvil, luminoso/oscuro, sólido/fluido que ya se han mencionado (capítulo 1) y que determinan la diferencia entre el cosmos y el caos.

El horizonte, entendido no como una percepción relativa del espacio sino como la circunferencia concreta por cuyo diámetro discurre diariamente el sol, es el elemento más adecuado para definir un confín que se concibe estático.² Por ejemplo, Tutmosis I declara haber «hecho las fronteras de Egipto hasta lo que el sol circunda»,³ mientras que a Hatshepsut le dicen que los dioses «situarán tus fronteras hasta abarcar toda la amplitud del cielo, hasta los límites de las doce horas de la noche».⁴ La expresión «todo lo que el sol circunda» también suele utilizarse para definir los dominios

faraónicos,⁵ y en Asiria y Babilonia la expresión «de la aurora al ocaso» tiene un valor y un uso análogos.⁶

En Egipto, el fin del mundo también puede simbolizarse mediante cuatro columnas que sostienen el cielo: lógicamente están situadas en el horizonte, allí donde el cielo (concebido como un hemisferio sólido) se une con la tierra. En la «Estela Poética» de Tutmosis III, puede leerse «He sembrado... tu terror hasta las cuatro columnas del cielo»,⁷ y en un texto de Seti I se lee: «He extendido los confines de Egipto hasta los cielos de todos los lados».⁸ Estos ejemplos podrían multiplicarse.

Tan extendida como el símbolo de las columnas es la convicción de que la tierra acaba en el circuito del océano. Un ejemplo típico de este nexo es la afirmación de Amenofis II: «Él (Amón) me ha asignado lo que está con él, lo que el ojo de su ureo ilumina, todas las tierras, todos los países, cada circuito, el Gran Círculo [= el océano]».⁹ El océano, denominado precisamente *snt wr*, «el gran círculo» (o «el gran circuito»), desempeña el mismo papel respecto al perímetro que el sol respecto al diámetro. La efectiva identificación del océano (o de sus partes) con los mares conocidos (el Mediterráneo y el mar Rojo) no es del todo satisfactoria. En algunas direcciones (hacia el oeste y el sur) no hay ningún mar, en cambio la expansión por las tierras asiáticas abría espacios ilimitados hasta llegar a un gran río (el Éufrates) que pudiera hacer las veces o representar el océano (véase el capítulo 4).

La situación geográfica de Mesopotamia produce un resultado distinto aunque muy parecido. Es muy probable que se imaginara que el océano rodeaba toda la tierra, pero en realidad sólo se encontraba en dos zonas muy precisas a ambos extremos del mundo: más allá de la desembocadura del Éufrates como «Mar Inferior» (el golfo Pérsico), y más allá de las montañas del alto valle del Éufrates como «Mar Superior» (el Mediterráneo). Estos son los puntos en que el océano más cerca se halla del país central, convirtiéndose así en una realidad geográfica efectiva y bien conocida. Al norte de la zona aluvial mesopotámica, cada vez que se encontraba algún gran lago, se consideraba una representación del «Mar Superior»; es el caso del lago Van en el periodo medio-asirio (véase el capítulo 2), y más tarde del lago Urmia y el mar Caspio.¹⁰ En el lado opuesto, más allá de los desiertos siro-arábicos, los reyes y los ejércitos mesopotámicos no vieron nunca un mar, pero la aplicación del viejo término geográfico *Meluhha* a una región del golfo Pérsico (seguramente el valle del Indo)¹¹ y también a

Nubia¹² refleja la idea de una continuidad «oceánica» desde el golfo Pérsico al mar Rojo.

En cuanto a los otros pueblos de Asia, los hititas, situados en el centro de la península anatólica, podían servirse del mar como frontera ideal y práctica al mismo tiempo: el hecho de tener al alcance el mar Negro al norte y el Mediterráneo al sur confiere una sensación de completitud.¹³ En Siria-Palestina, la idea de un océano circular (o más bien de un doble curso de agua circular) se constata míticamente.¹⁴ En la geografía «real», el mar marcaba evidentemente la frontera occidental, pero los ríos representaban las demás fronteras. En textos de diferentes periodos, el Jordán se considera la frontera oriental de Canaán (aunque ello signifique renunciar a la Transjordania), mientras no sin exageración el Éufrates sería la frontera septentrional ideal del reino de David/Salomón. Respecto a la frontera meridional, el elemento que cumple ese rol es el «Torrente de Egipto», un ouadi sin agua la mayor parte del año y nada representativo de las aguas oceánicas.¹⁵

En Egipto, la realidad geográfica hizo casi inevitable que la frontera septentrional se asociara especialmente a la idea de agua. bien aludiendo al mar Mediterráneo, bien en referencia a los «pantanos» inicialmente vinculados al Delta pero más tarde identificados con otros pantanos más al norte, en Asia, coincidiendo con la expansión de la actividad militar y con los conocimientos geográficos.¹⁶ En cambio, la frontera meridional aparecía más vinculada al viento, como se aprecia en la típica definición de Seti I: «Sus confines del sur llegan hasta el viento, sus confines al norte llegan hasta el mar».¹⁷ Comparados con la tierra sólida y estable, el agua y el viento son elementos fluidos y móviles y, por lo tanto, excelentes representantes de la periferia caótica.

En los textos individuales se pueden acumular diversos elementos y concepciones del extremo confín del mundo, con el resultado de una extrema vaguedad:

El Gran Círculo, el mar, las tierras meridionales de los negros, hasta los pantanos, hasta los límites de las tinieblas, hasta las cuatro columnas de los cielos.¹⁸

Más allá de las últimas tierras se halla en todo caso el agua (ya sea el océano o los pantanos o un río circular), un elemento luido, y también la atmósfera se hace fluida (el viento). Además, más allá de la trayectoria del sol comienzan las tinieblas: una noche sin fin.¹⁹ El espacio más allá de los confines del mundo aparece dotado de rasgos caóticos (sin fin, oscuro, fluido, móvil), como era el mundo interno antes de la acción estructuradora del dios creador.²⁰ En ese espacio externo, no puede instaurarse el orden político y cultural justamente confiado al rey, puesto que ni siquiera se ha realizado (todavía) el orden físico, que es responsabilidad del dios. El rey puede y debe extender su dominio sólo dentro de estos confines extremos.

En este punto se hace pertinente la concepción «dinámica» de los confines: el rey amplía sus fronteras, sólo y siempre hacia adelante, expandiendo el territorio sometido a su poder y en pro del efecto benéfico de su orden.²¹ El alarde y el programa de «ampliar las fronteras» aparece continuamente en los títulos asirios²² y en la fraseología egipcia.²³ Para cada rey, la expansión de los confines más allá de las fronteras heredadas es un paso más hacia la culminación plena de la organización del mundo, y el rey que sea capaz de culminar esa tarea será debidamente venerado junto a los dioses y los héroes que iniciaron ese proceso. La extensión de las fronteras políticas para hacerlas coincidir con los confines cósmicos ideales del mundo propicia en última instancia la desaparición de las fronteras internas y de las diferencias entre el centro y la periferia. Representa también extensión del orden y de la paz a expensas del desorden y el tumulto, es decir, la culminación de la creación y de la organización del mundo.

Además de ver en este proceso un desplazamiento de fronteras, es posible verlo como una igualación de los espacios interno y externo. Cuando define en dos párrafos paralelos los objetivos de las expediciones faraónicas, la inscripción de Ahmose hijo de Abana utiliza las dos frases siguientes: «para extender los confines de Egipto»/«para eliminar la violencia de las montañas».²⁴ Y el ritual medio-asirio define asimismo el programa de la monarquía en dos frases paralelas: «¡Con tu justo cetro agranda tu país! Que Assur te conceda autoridad y obediencia, justicia y paz!».²⁶ Los confines que el rey expande no son unas meras fronteras estatales, sino la demarcación entre el orden y el caos, la paz y el desorden, la justicia y la violencia.

La frontera dinámica siempre está en proceso de realización, pero lógicamente nunca se realiza. Se aprecia una cierta contradicción entre la

omnipotencia del rey (y del dios al que obedece) y la perfectibilidad de la frontera, una contradicción que se pone de manifiesto precisamente allí donde los textos tratan de superarla. El faraón intenta superar la contradicción diciendo que desplaza sus fronteras hasta «donde desee»,²⁶ implicando que su voluntad no tiene más límites que los límites de su propia voluntad, y que está convencido de que no es necesaria una realización pedante y completa de un principio teórico cuya importancia es ejemplar y emblemática. Aún más sintomáticas de la existencia de una contradicción evidente entre la ideología centralista y el complejo mundo político son las declaraciones sobre la ausencia de rivales, las expresiones y títulos asirios y babilónicos del tipo «sin rival/ sin par» o «que no tiene rival análogo»,²⁷ o sobre «conquistar las fronteras del enemigo» libremente (egipcio in drw, asirio sabit misnit/matat nakiri).²⁸ En el mismo momento en que Amenofis II niega que un país extranjero pueda tener una frontera común con él, se jacta de la conquista de fronteras ajenas (¡para no ser a su vez conquistado!):

No hay nadie que tenga frontera (t';s) con él ... rey de los que son súbditos, soberano de los gobernados, que conquista las fronteras de quienes le atacan... No hay frontera para él con todos los países unidos, con todas las tierras juntas.²⁹

Significa que pueden concebirse rivales (aunque tan inferiores que no constituyen peligro real alguno), que existen otras tierras y otros países, que los confines internos del mundo presentan un cuadro más complejo lejos de la idea de una única frontera entre el cosmos y el caos. La idea de superioridad pasa inevitablemente de absoluta a relativa, y a diferencia de naturaleza se convierte en una diferencia de grado.

Pero por complejas y contradictorias que sean las expresiones de la ideología antigua, no hay que confundir el valor paradigmático de la realización del imperio universal con un poder político efectivo. Las pretensiones de haber alcanzado simbólicamente los confines del mundo no deben de confundirse con la explotación administrativa de los países extranjeros. A pesar de todo, la literatura histórica moderna aún está repleta de este tipo de malentendidos: por ejemplo, la extensión del imperio egipcio en Siria-Palestina se refleja en el mapa a partir de una mezcla de datos, desde las realizaciones ejemplares hasta el dominio efectivo (basándose

sólo en su extensión y no en la realidad del dominio);³⁰ y las fronteras ideales de Israel se trazan como si fueran límites de formaciones políticas reales.³¹ Es probable que ni siquiera la población interna de la época, los destinatarios originales de la propaganda real, fuera tan ingenua como pretenden algunos estudiosos acrílicos de las inscripciones reales.

CITAS:

1. E. Horzong en Eranos-Jahrbuch, 49 (1980), pp. 593-427.
2. El horizonte no es siquiera una línea, sino una gran tierra habitada por hombres y dioses, Ch. Kuentz en BIFAO, 17 (1920), pp. 140-173.
3. ARE, II, 98.
4. ARE, II, 225; II, 285, II, 319, etc.
5. S. Tawfik en IVIDIK, 29 (1973), pp. 79-81; Lorton, Terminology, pp. 13, 16, 18, 30, 32-33, 127. También la expresión «hasta donde el sol ilumina» es habitual (ARE, II, 1.006; ARE, III, 144; etc.)
6. CAD, S, pp. 216-217 (1c).
7. AEL, II, p. 36.
8. KRIT, I, 1.
9. EHR, 1, p. 39.
10. J. Elayi en OA, 23 (1984), pp. 75-92.
11. W. Heimpel en ZA, 77 (1987), pp. 22-91.
12. H. Klengel en Agypten und Kusch (Berlín, 1977), pp. 227-232.
13. ET, pp. 12-13; 16-17; AU, pp. 237-240.
14. O. Kaiser, Die mytische Bedeutung des l'leeres im Agypten, Ugarit und Israel (Berlín, 1962); L. Stadelman, The Hebrew Conception of the World (Roma, 1970), pp. 154-164; N. Wyatt en UF, 19 (1987), pp. 375-389.

15. Las fronteras bíblicas: M. Saebo en ZDPV, 90 (1974), pp. 14-37; TWIT, I, pp. 896-901; R. S. Hess en Ugarit and the Bible (Münster, 1996), pp. 123-138. Sobre el Torrente de Egipto, N. Na'aman en Tel Aviv, 7 (1980), pp. 95-109; véase asimismo Borders and Districts in Biblical Historiography (Jerusalén, 1986), pp. 246-249.
16. G. Posener, Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Phil.-hist. Klasse, 1965, pp. 70 y 75 y la nota 10 («Para los egipcios, el norte es acuázco»). Lorton, Terminology, pp. 85-86. En Babilonia, la periferia del cosmos también es oscuridad o agua, W. Hurowitz, véase Mesopotamian Cosmic Geography (Winona Lake, IN, 1998), pp. 32-35.
17. Hintze en ZAS, 87 (1962), p. 39.
18. KRIT, II, 27 (Ramsés II).
19. K. Sethe en Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften (Berlín, 1928), pp. 259-284; Grapow, Ausdrücke, p. 44; Posener, Nachrichten, p. 75; E. Hornung, Nacht und Finsternis im Weltbild der alten Ägypter (dis. Tübingen, 1956).
20. H. Grapow en ZAS, 67 (1931), pp. 34-38; H. Brunner en AYO, 17 (1954-1956), pp. 141-145; E. Hornung en ZAS, 81 (1956), pp. 28-32.
21. Compárese el romano *propagatio* (avanzar, extender) las fronteras, en G. Piccaluga, *Terminus* (Roma, 1974), pp. 111-112 y 115, con la estabilidad de las fronteras internas (véase el capítulo 6).
22. ERAS, p. 239.
23. D. B. Redford en *Papyrus and Tablet* (Englewood Cliffs, NJ, 1973), pp. 15-30.
24. ARE, II, 39, 80.
25. K. F. Müller, *Das assyrische Ritual*, I (Leipzig, 1937), pp. 12-13.

26. Hintze en ZAS, 87 (1962), p. 35. Se encuentran fácilmente ejemplos de Amenofis II (ARE, II, 796, 797), Amenofis III (Lorton, Terminology, p. 98), a Seti I (ARE, III, 84), Ramsés II (ARE, III, 476) y Ramsés III (HRR, pp. 21, 70, 73, 85).
27. ERAS, pp. 117-119, 313-314.
28. ERAS, p. 264.
29. EHR, I, p. 26. Lorton, Terminology, pp. 19-20, 33-35.
30. Helck, Beziehungen, p. 165.
31. Y. Kaufman, The Biblical Account of the Conquest of Palestine (Jerusalén, 1953); Z. Kallai en ERLS, 12 (1975), pp. 27-34.1.